

## La historia en los centenarios de la independencia: 1910 y 1921<sup>1</sup>

*Virginia Guedea*

*Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM*

Las interpretaciones que de la historia mexicana han generado los distintos gobiernos del país para legitimarse históricamente, y para construir una identidad nacional e implementar diversos proyectos tanto de nación como educativos y culturales, constituyen la principal motivación de este trabajo, y su propósito es llevar a cabo un primer, y muy tentativo, acercamiento a las maneras en que el Estado mexicano conmemoró oficialmente su historia durante los primeros años del siglo XX, cuando al interés que por el estudio del pasado caracterizó a la centuria anterior se unió el que por conocer y por revisar la historia mexicana despertaron el centenario del natalicio de Benito Juárez y, sobre todo, los primeros cien años de vida independiente. Era ya tiempo de evaluar el camino recorrido por México, y por los mexicanos, a lo largo de un siglo. También de replantear su futuro. Y a desarrollar esta tarea contribuyeron no poco los apoyos, cada vez mayores, que el régimen de Porfirio Díaz se ocupó de dar por entonces a los trabajos históricos, así como la utilización, igualmente cada vez mayor, que del pasado hiciera tanto para justificarse y exaltarse como para fortalecer el patriotismo de los mexicanos y la formación de una conciencia nacional. Apoyos que, si bien de diversa manera, los regímenes revolucionarios que le sucedieron no dejaron de brindar y usos de la historia a los que también recurrieron.

Para llevar a cabo este primer acercamiento, el presente ensayo intenta recuperar las visiones que de la historia de México ofrecen las celebraciones que para conmemorar el

---

<sup>1</sup> Publicado originalmente en: Guedea, V. (comp.) (2009), *Asedios a los Centenarios (1910-1921)*. México: Siglo XXI.

centenario del inicio de la independencia y el de su consumación se efectuaron en la capital de la República en 1910 y 1921, respectivamente. Tomando como eje la construcción del Estado nacional mexicano y su inserción en la modernidad, busca analizar los fenómenos que dichas visiones conciben como hitos de esa historia y cuál es el lugar que en ellas ocupan la Independencia, la Reforma y, en su caso, la Revolución.<sup>1</sup>

## **I. De la “historia oficial” en el Centenario de 1910**

La visión que de la “historia oficial” nos brindan las celebraciones del Centenario de 1910 quedó plasmada en numerosos textos de variada índole que hacen referencias explícitas al pasado mexicano, muy particularmente en diversas piezas oratorias pronunciadas durante las festividades. Pero también quedó plasmada en los distintos rituales que asumieron las conmemoraciones. Así, para recuperar el significado que el régimen porfirista dio a los diversos hechos históricos que se conmemoraron mucho interesan cuestiones tales como las instancias encargadas de su organización, las actividades que conformaron sus programas, quiénes se encargaron de desarrollarlas, los espacios donde se llevaron a cabo y la presencia o no en ellos tanto de invitados especiales como de diversos sectores de la población.

Por otra parte, el Centenario de 1910 --cuya celebración, como bien señala Álvaro Matute, aumentó el interés por la historia y trajo nuevos aires para su cultivo,<sup>2</sup>-- vio aparecer diversos textos referidos al pasado mexicano publicados por distintas instancias gubernamentales, así como abundantes y variadas publicaciones que dejaron registro de las muchas y diversas actividades llevadas a cabo durante los festejos, y para el estudio de la “historia oficial” del régimen porfirista resultan un material invaluable. Entre los textos históricos aparecidos entonces se cuentan algunas obras biográficas de conjunto o las historias de

diversas ramas del saber y del quehacer en México, en particular el científico, tan caro al régimen porfirista, productos casi todas del exitoso concurso convocado por la Comisión Nacional del Centenario de la Independencia para dar cuenta del adelanto intelectual del país.<sup>3</sup> Y entre las dedicadas a registrar las celebraciones destacan, desde luego, las emprendidas por la propia Comisión, cuyos trabajos, amén de algunos discursos pronunciados en los festejos y la rendición de cuentas de los dineros que manejó, se encuentran recogidos con cuidado en la *Memoria* que de ellos publicó, al tiempo que otros de sus impresos las registran de forma particular.<sup>4</sup> Por su parte, el Gobierno Federal y varias secretarías de Estado contribuyeron con publicaciones referidas a algunos de los actos conmemorativos.<sup>5</sup> También aparecieron otras sobre el Concurso Científico y Artístico del Centenario y sobre el convocado por el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, entonces dirigido por Genaro García, y se recogieron algunas de las piezas oratorias pronunciadas en las celebraciones.<sup>6</sup> Pero la obra señera del Centenario de 1910 en este sentido es la *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México*, dirigida por Genaro García y que, publicada por el propio Museo apareció en 1911, ya derrocado el régimen porfirista y después de enfrentar serias dificultades.<sup>7</sup>

Debe señalarse que los festejos para conmemorar el centenario del nacimiento de Juárez, cuya organización estuvo a cargo de una Comisión Nacional designada exprofeso, prefiguraron de alguna manera las celebraciones de 1910. El 21 de marzo de 1906 se efectuó en la Ciudad de México una “grandiosa y solemne procesión cívica”, que con estandartes y coronas de flores partió del centro de la capital, de la Plaza de la Constitución, y llegó ante la tumba del Benemérito en el Panteón de San Fernando. La ceremonia fue presidida por Díaz, y a ella asistieron los integrantes de su gabinete y representantes de los otros poderes, amén de numeroso público. El orador oficial fue el diputado Rosendo Pineda, quien exaltó tanto la figura del

homenajado como la del presidente en funciones y, al terminar, éste depositó una corona de flores sobre el sepulcro de su antecesor. Esa misma tarde, el Panteón fue cerrado al público para que los masones de la capital celebraran en él una “tenida blanca” y se descubrieron en Palacio Nacional dos placas conmemorativas, ceremonia encabezada por el gobernador del Distrito Federal, Guillermo de Landa y Escandón, y por Manuela Juárez de Santacilia, hija mayor de don Benito. Finalmente, por la noche se llevó a cabo una velada literario-musical en el Teatro Abreu, a la que asistieron el presidente, su gabinete y la familia Juárez, así como un nutrido público, y en la que el discurso oficial corrió a cargo de Justo Sierra, secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. También se celebraron festejos en la capital oaxaqueña, presididos por el gobernador Emilio Pimentel, que incluyeron la inauguración de un monumento en el cerro del Fortín, la colocación de una lápida en la casa en que vivió el Benemérito y un gran desfile cívico en el que participaron todos los sectores de la población.<sup>8</sup>

A estas ceremonias se sumó la publicación de interesantes obras por parte de funcionarios o instancias gubernamentales, como la de Miguel Galindo y Galindo sobre la Reforma y el Segundo Imperio que editara la Secretaría de Fomento, y la de Ricardo García Granados sobre la Constitución de 1857, ganadora de un premio en el Concurso Literario que abriera la Comisión Nacional del Centenario de Juárez, o las de Andrés Molina Enríquez y Porfirio Parra sobre la Reforma, ambas presentadas también a dicho Concurso.<sup>9</sup> Destacan la obra de Justo Sierra y la de Rafael de Zayas Enríquez dedicadas a Juárez, biografía esta última premiada en el Concurso Literario ya mencionado, e interesa también la preparada por Francisco Figueroa por haber resultado ganadora en el concurso organizado por la Secretaría de Instrucción Pública para servir de modelo en las conferencias que el 21 de marzo de ese año debían impartirse en las escuelas

primarias.<sup>10</sup> Aparecieron, además, publicaciones que recogieron algunos de los discursos pronunciados durante los festejos.<sup>11</sup>

Si bien la organización del Centenario de 1910 se comenzó a planear desde mucho tiempo antes, tareas cuyo principal motor y ejecutor fue Justo Sierra como secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, los trabajos se iniciaron formalmente en abril de 1907, cuando el presidente de la República designó a la Comisión Nacional del Centenario de la Independencia como el órgano encargado de la organización y ejecución de las distintas actividades que debían conformar las festividades.<sup>12</sup> El propósito que animó a Díaz a formarla obedeció a que, si bien reconocía que la celebración debía ser esencialmente popular y nacional, por lo que debía dejarse espacio a las iniciativas y a las manifestaciones de todas las clases sociales, correspondía al gobierno “tomar una manifestación importante”.<sup>13</sup> La Comisión recogió debidamente la propuesta presidencial. Por considerar que el objetivo último de las festividades nacionales era promover y enaltecer el patriotismo,<sup>14</sup> acordó estimular la buena voluntad de todos los mexicanos, al tiempo que invitó a los gobernadores, a los jefes políticos, a la prensa y a las personalidades destacadas de todo el país a participar en su organización. Igualmente acordó que las comisiones estatales, distritales y municipales procuraran que en dichas fiestas tomaran parte todas las clases sociales.<sup>15</sup> Así, el *Programa* de actividades señalaba que dichas comisiones debían cuidar que los festejos revistieran el más amplio carácter popular y organizar por lo menos un acto, una gran procesión cívica, en el que participasen todos los grupos de la sociedad.<sup>16</sup> Dirigió, además, una excitativa al pueblo mexicano para contar con la sanción y el apoyo de todas las clases sociales, sin distinción alguna, en la que se convocaba a toda “la gran familia mexicana”.<sup>17</sup> De esta manera, se pretendía que fuera una celebración popular y nacional pero dirigida y coordinada por el gobierno federal, celebración que el régimen se propuso fuera

también internacional, para lo cual la Secretaría de Relaciones Exteriores invitó a todos los gobiernos con los que México tenía relaciones, por lo que los festejos contaron con la presencia de treinta delegaciones especiales provenientes de 16 países americanos, doce europeos y dos asiáticos.

### **De la historia americana**

En lo que se refiere a la visión que de la historia nos dejó el Centenario de 1910, algo permite entrever en relación con la de otros países, muy en particular con los americanos. En el *Saludo* que el Ayuntamiento capitalino envió a los de las repúblicas latinoamericanas el 16 de septiembre, se reconocía la unidad de sus pueblos en cuanto a raza y cultura, se hacía referencia a una historia común y se invocaba la unión que debían alcanzar en su segunda centuria de vida independiente.<sup>18</sup> Pasado y presente compartidos, amén de un destino fatal y dolorosamente común, que recuperó también Rosendo Pineda en el discurso que pronunciara en la Cámara de Diputados en su sesión celebrada el 23 de septiembre en honor de los parlamentarios visitantes, en el cual hizo un reconocimiento a los países que representaban, en especial a los Estados Unidos, a los que llamó “la madre República de la América” por su influencia, que calificó de incontestable y legítima, sobre todo el continente.<sup>19</sup> Por su parte, el propio Díaz, al recibir el 5 de septiembre las credenciales del embajador especial estadounidense, Curtis Guild Jr., reconoció que los Estados Unidos habían sido el modelo a seguir en muchas ocasiones, en particular durante el proceso emancipador, y en la ceremonia de colocación de la primera piedra del monumento a Jorge Washington le atribuyó haber sido quien colocara la primera piedra de la libertad en todo el continente, despertando con ello a toda la América.<sup>20</sup>

## **Del pasado prehispánico**

Respecto del pasado prehispánico, puede decirse que su presencia en las conmemoraciones y festejos de 1910 fue de bajo perfil si se le compara con las de otras etapas de la historia mexicana.<sup>21</sup> La encontramos, al igual que la de dichas etapas, en la reapertura del recién remodelado, reorganizado y enriquecido Museo Nacional llevada a cabo el 28 de agosto con la presencia de Díaz, de Sierra y de Ezequiel A. Chávez, subsecretario de Instrucción Pública, así como de Genaro García, aunque en su recorrido el presidente se detuvo más tiempo en las salas dedicadas a la historia, y en particular en la correspondiente a la independencia.<sup>22</sup> También aparece en la excursión arqueológica realizada el 10 de septiembre a Teotihuacán por los asistentes al XVII Congreso Internacional de Americanistas, cuando la antigua Ciudad de los Dioses, recién remozada, sirvió de grandioso escenario a los académicos participantes, acompañados de miembros del cuerpo diplomático, de las misiones especiales y de diversos funcionarios, entre ellos el secretario de Instrucción Pública y el de Relaciones Exteriores.<sup>23</sup> Asimismo la encontramos en alguna publicación gubernamental, como es el caso de la obra de Antonio Peñafiel sobre la destrucción del Templo Mayor que imprimiera la Secretaría de Fomento, o la de Manuel Martínez Gracida sobre la civilización chontal que dio a la luz el Gobierno Federal.<sup>24</sup>

La encontramos igualmente en la exposición, inaugurada en el Asilo Colón el 4 de septiembre, de figuras de cera que debían representar episodios o personajes de la historia nacional, temática que abordaron 18 de los 19 cuadros expuestos, ya que el donado por la colonia estadounidense estuvo dedicado a Washington. De los 18, sólo uno correspondió al periodo prehispánico, titulado el *Descubrimiento del pulque*, obsequio, por cierto, de Justo Sierra.<sup>25</sup> Y me ocupó de esta exposición por ser quizá un reflejo más espontáneo del interés que por

determinados momentos del pasado tuvieron los destacados personajes que donaron los cuadros que la formaron, todos ellos integrantes de lo que podríamos llamar la élite socioeconómica y política capitalina.

Pero la presencia del pasado prehispánico aparece, sobre todo, en el Desfile Histórico celebrado el día 15 de ese mes. La evocación que de este pasado hiciera el Desfile fue espectacular por los 839 participantes que conformaron el grupo titulado “Época de la Conquista (1519)”, el más numeroso, por mucho, de los tres de que se compuso, y por lo cuidado y lo espléndido de los atuendos. Pero tan brillante y llamativa reconstrucción no constituyó una recuperación plena de ese pasado sino la de sus postrimerías, ya que lo que se representó fue el encuentro entre Moctezuma y Hernán Cortés, por lo que se trató tan sólo de su último momento de esplendor, el del principio del fin del mundo indígena.<sup>26</sup>

### **De la dominación española**

En lo que se refiere a la dominación y a la presencia españolas, y a pesar de celebrarse, precisamente, la independencia de España, tanto la antigua metrópoli como el pasado novohispano ocuparon un primer plano durante el Centenario. Al recibir el 7 de septiembre las credenciales del marqués de Polavieja, embajador especial de España y una de las figuras más destacadas y que más participó en las celebraciones, Díaz reconoció no sólo la fuerza de los lazos de sangre que unían a México con la península sino la condición permanente de España como madre de todo el continente.<sup>27</sup> Además, una de los primeros festejos fue la ceremonia de cambio de nombre, por el de Isabel la Católica, a varias calles del centro de la capital, ordenada por su Ayuntamiento constitucional y llevada a cabo el 31 de agosto para rendirle homenaje por su apoyo a la empresa descubridora de Cristóbal Colón y por su protección a los indígenas, la



que se caracterizó por el entusiasmo y por la confraternidad.<sup>28</sup> Se pagaba, de esta manera, una antigua deuda de gratitud, según palabras de Fernando Pimentel y Fagoaga, presidente del Ayuntamiento, quien dio al respecto una interesante explicación al aclarar en su discurso:

Bien podemos decirlo hoy que la creciente cultura del pueblo mexicano ha borrado, con el agua lustral de un cosmopolitismo bien entendido y mejor practicado, los prejuicios, los odios y los rencores que impedían en no muy lejanos días el reconocer merecimientos como los que motivan la presente ceremonia. Tranquila, serenamente, se estudian en nuestra época los diversos periodos de la historia patria, y sin menoscabo de la admiración que profesamos a los que nos hicieron libres, se honra y se enaltece a los que de alguna manera contribuyeron a la formación de la que nos gloriamos en proclamar la nacionalidad mexicana.

Finalmente sostuvo que siendo los mexicanos en su inmensa mayoría producto de la unión de dos razas a que había dado lugar el descubrimiento de América, nada más natural, justo y debido que el homenaje que se celebraba, pues sería monstruoso que renegaran de su sangre, de su cultura y de su participación en el concurso de las sociedades modernas.<sup>29</sup>

Otra ocasión dedicada a honrar el recuerdo de España ocurrió el 9 de septiembre, cuando se puso, en el bosque de Chapultepec, la primera piedra del monumento dedicado a la misma doña Isabel por la colonia española, el cual, por cierto, no llegó a erigirse. La ceremonia fue presidida por Díaz, y a ella asistieron el cuerpo diplomático y los enviados especiales, varios secretarios de estado así como jefes militares y otros funcionarios. En su discurso, el secretario de Relaciones Exteriores, Enrique C. Creel, exaltó detenidamente su figura y sus acciones y terminó señalando que las glorias de España eran también las de los mexicanos y las de México pertenecían a los españoles.<sup>30</sup> Por su parte, el descubrimiento de América y la vida novohispana

tuvieron una presencia por demás importante en la exposición que de figuras de cera se hiciera en el Asilo Colón, pues de los 18 cuadros con tema mexicano ocho correspondieron a ellos. Se trató, quizá por ser el titular del asilo, de varias escenas referidas a Colón: su encuentro con el padre Marchena, su desembarco en el Nuevo Mundo y su presencia ante los Reyes Católicos. La conquista apareció en los titulados *Cuauhtémoc ante Hernán Cortés* y *La Noche Triste*, mientras que tres más se refirieron a Juan Diego y la Virgen de Guadalupe, a Sor Juana y a Juan Ruiz de Alarcón en la corte virreinal y al virrey conde de Revillagigedo.<sup>31</sup> De esta manera, estuvieron representados tanto el descubrimiento y la conquista como la evangelización, al igual que la cultura y el gobierno novohispanos.

El papel desempeñado por España en la historia de México estuvo presente también, de manera por demás notoria, en el Desfile Histórico del 15 de septiembre, pues de las tres épocas del pasado mexicano que en él debían representarse correspondió la segunda a la “Época de la Dominación Española (1740)”, la cual se dio con la participación de 288 personas, y para esta rememoración se tomó como eje nada más ni nada menos que la jura del Pendón, esto es, la representación del ritual que anualmente reiteró, durante cerca de tres siglos, la lealtad que la Nueva España debía al monarca español, reproducido en toda forma justo el día en que se celebraban los cien años del inicio del movimiento insurgente.<sup>32</sup>

La dominación española estuvo de nuevo presente el 16 de septiembre en la inauguración de la Columna de la Independencia, acto central de las festividades, cuyo orador principal, Miguel S. Macedo, subsecretario de Gobernación, terminó su discurso con un saludo “a la madre España, cuando en la lengua que ella compartió con nosotros estamos bendiciendo la Independencia, y cuando en nuestro corazón se estremecen fibras que ella misma formó, arrojando en este ardiente crisol tropical su sangre y su alma para que, fundidas con la sangre y

el alma indias, formasen nuestro ser.”<sup>33</sup> El reconocimiento a la deuda histórica que México le tenía a su vieja metrópoli no pudo ser más evidente. Deuda que el *Saludo* que ese mismo día envió el Ayuntamiento capitalino a los de las repúblicas latinoamericanas hizo extensiva a todos sus pueblos con sus antiguas metrópolis, a las cuales debían saludar como a sus progenitoras,<sup>34</sup> y que también animó el discurso de Pineda en la Cámara de Diputados. Al agradecer la presencia de los parlamentarios visitantes, destacó la de “la Madre España, que se enorgullece ahora con legítimo orgullo de haber amamantado a las fecundas matronas que hoy, con una progenie de hijos libres, sostienen su nombre y las tradiciones de su historia en la mayor parte del mundo descubierto por Colón al amparo de la bandera española.”<sup>35</sup> Y el propio Díaz refrendó este reconocimiento en la solemne ceremonia en que recibió los objetos de José María Morelos que devolviera Alfonso XIII para conmemorar los cien años del inicio del movimiento insurgente, importante e histórica donación solicitada por José Vizos en nombre del Casino Español de la capital.<sup>36</sup>

Por su parte, Carlos III hizo su aparición cuando el 19 de ese mes se llevó a cabo, en Palacio Nacional, la ceremonia solemne de la entrega que el enviado especial del monarca español hiciera a Porfirio Díaz del Gran Collar de la *Orden* de tan ilustre e ilustrado monarca, seguida de la develación de su real retrato en el Salón de Embajadores, frente al cual el presidente de la República se refirió a los beneficios que de él recibiera la Nueva España.<sup>37</sup> Y aquí debo siquiera apuntar que, hasta donde he podido ver, se trató, en éste y en otros casos, de un claro y rendido reconocimiento a España y a la dominación española que implica que la recuperación del pasado novohispano que hace esta visión de la historia es de signo claramente positivo, pero fue un reconocimiento de índole selectiva respecto de los momentos, las acciones y las personalidades que se rememoraron. Recuperación que, al parecer, no se vio reflejada en las

publicaciones editadas por las dependencias gubernamentales ese año, pues sólo apareció la obra de Agustín Agüeros de la Portilla sobre el periodismo en la Nueva España, impresa por el Museo.<sup>38</sup>

### **Del proceso de la independencia**

En cuanto a la independencia mexicana, se llevó a cabo un recorrido del proceso emancipador que recuperó sus momentos más destacados a través de la evocación de sus personajes principales. Este culto a los héroes, tan caro a la historiografía liberal nacionalista, resulta particularmente característico de aquellos años, debido en buena medida a que servían de ejemplo a todos los mexicanos y a que permitía la glorificación, por analogía, del presidente Díaz, como bien señala Annick Lampèriere en su interesante trabajo sobre la historia en los centenarios de 1910 y 1921.<sup>39</sup>

Las actividades se iniciaron, de hecho, dos años antes, por haber aceptado la Comisión Nacional el proyecto de Manuel Puga y Acal, autor de un trabajo sobre Francisco Primo Verdad y fray Melchor de Talamantes,<sup>40</sup> de conmemorar sus respectivas muertes por considerarlos los “primeros mártires de la libertad”. Correspondió al primero la ceremonia efectuada el 4 de octubre de 1908, en la que se descubrió una lápida conmemorativa frente a la casa que habitara, acto presidido por la propia Comisión y al que asistieron el Consejo de Gobierno del Distrito Federal, el Ayuntamiento capitalino, representantes del Congreso de la Unión, de la Suprema Corte de Justicia, de la prensa y de la administración pública, diversas asociaciones científicas, literarias y mutualistas, alumnos de las escuelas públicas, delegados de diversas comisiones centrales y numerosas personas. El largo programa incluyó un Himno y un “Canto de la niñez” dedicados a Verdad, ambos de letra del diputado José Casarín, secretario de la Comisión

Nacional, y el discurso de Puga y Acal, quien también escribió la letra de la Invocación que se entonó al homenajeado; según la Comisión, “Ese acto patriótico revistió el más alto carácter de la cultura del país, por virtud de que fue consagrado a los más altos ideales de la independencia, de la libertad y de la democracia, que son las piedras angulares sobre las que se ha levantado, firme y estable, la nacionalidad mexicana.”<sup>41</sup> La conmemoración de la muerte de Talamantes, calificado por la Comisión como segundo mártir de la independencia mexicana e iniciador, sostenedor y propagador de las ideas de la libertad y de la democracia, tuvo lugar el 9 de mayo de 1909, al inaugurarse un monumento en San Juan de Ulúa, ceremonia organizada por la propia Comisión, la Secretaría de Guerra, la Comisión Central de Veracruz y otras autoridades estatales, y al celebrarse en el puerto una velada en su honor en el Teatro Dehesa, cuyo largo programa incluyó un Himno a Talamantes, de letra de Casarín. Y ese mismo día se colocó, en la Ciudad de México, una placa conmemorativa en la casa que habitara el mercedario limeño.<sup>42</sup> Además, la Secretaría de Relaciones Exteriores publicó *Fray Melchor de Talamantes*, de la autoría de Luis González Obregón y Pablo Baz.<sup>43</sup>

Respecto de la insurgencia, cuya conmemoración constituía el propósito formal de las celebraciones, Lempèriere señala que el tratamiento dado por el régimen porfirista a los primeros insurgentes, en especial durante el Centenario, resulta diferente al recibido por otros héroes nacionales, habida cuenta que “su fracaso final y el peso del carácter extremadamente destructor y anárquico de su acción histórica no permitían identificación alguna con el general Díaz.” Por ello, su recuerdo fue honrado de manera marginal y quedó “mediatizado por la puesta en escena de una serie de objetos que insensiblemente trasladaban a los insurgentes de la calidad de héroes a la de inofensivos santos de reliquia.”<sup>44</sup> No obstante --como no podía ser de otro modo--, la insurgencia recibió una atención particular durante el Centenario, y a su conmemoración

correspondió, sin duda, el mayor número de actos, los que fueron de muy diversa índole y realizados en muy distintos espacios. Y, salvo en un solo caso, el tratamiento a sus figuras parece muy semejante a los dados durante los festejos a las de otros periodos. A lo anterior se añade que sobre ella aparecieron varias publicaciones de funcionarios o dependencias del gobierno, entre las que se cuentan la siempre útil colección documental dirigida por Genaro García y publicada por el Museo Nacional, institución que también editara las *Noticias biográficas de insurgentes apodados*, de Elías Amador, al tiempo que Justo Sierra diera a la luz la espléndida *Antología del Centenario*, compilada por Luis Gonzaga Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel.<sup>45</sup>

En cuanto a los insurgentes honrados de manera específica, encontramos, desde luego, a Miguel Hidalgo, cuya presencia comenzó a sentirse con mucha anterioridad al inicio oficial de los festejos. Desde antes de instalarse la Comisión Nacional del Centenario, en octubre de 1906, la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes impulsó el proyecto de fotografiar lugares y objetos relacionados con su persona con el propósito de formar una colección de vistas estereoscópicas que sirvieran tanto para dar cuenta de la vida del Padre de la Patria como ilustrar una serie de conferencias en honor de los héroes, para lo cual se contó con un acuerdo presidencial que involucró a once gobernadores. Se comisionó entonces a Manuel Torres, fotógrafo del Museo Nacional, quien de febrero a junio de 1907 recorrió casi dos mil kilómetros y sacó 232 imágenes. Proyecto que, ampliado, se implementaría de nueva cuenta de octubre de 1909 a junio de 1910, pues se propuso, además de las fotografías, hacer acopio de información histórica particularmente sobre Hidalgo. Por ello, a Gustavo F. Silva, fotógrafo de la Secretaría de Instrucción Pública, se unió Luis Castillo Ledón, entonces auxiliar del encargado de publicaciones del Museo Nacional, quienes durante esos meses recorrieron cerca de doce mil kilómetros, lo que produjo diversos materiales y más de 300 fotografías.<sup>46</sup>

A lo anterior se une que el 30 de julio se le rindió un homenaje con motivo del aniversario de su fusilamiento, organizado por el Comité Patriótico de Hidalgo y celebrado en la capilla de San José, en Catedral, donde reposaban sus restos, acto que contó con la presencia de varios representantes de la Secretaría de Relaciones Exteriores y de Guadalupe Hidalgo, nieta del Padre de la Patria, y al que asistieron numerosos espectadores, entre los que se contaron obreros, niños y mujeres. Durante la ceremonia, grupos escolares hicieron guardias de honor y los representantes de diversos estados y de sociedades mutualistas, amén de muy diversos grupos e individuos, depositaron coronas de flores ante su urna.<sup>47</sup> Ese día la bandera fue izada a media asta en los edificios públicos y por la noche se celebró una ceremonia popular en la Academia Metropolitana, a la que asistió el presidente Díaz y en la que el orador oficial fue Rafael Ramos Pedrueza.<sup>48</sup>

Si bien fue la inauguración del manicomio el 1º de septiembre el primer acto formal de los festejos del Centenario, el segundo, ocurrido el día 2, lo fue el traslado desde la Estación de Buenavista hasta el Museo Nacional de la pila donde Hidalgo fuera bautizado, traída exprofeso desde Cuitzeo de Abasolo, Guanajuato, por el diputado Nemesio García Naranjo y los historiadores Ignacio B. del Castillo y Pedro González, ceremonia promovida y organizada por Genaro García. En el cortejo tomó parte la nieta del Padre de la Patria y el carro fue tirado por alumnos de historia de la Escuela Nacional Preparatoria y escoltado por los de las 165 escuelas de la capital, a los que se unió un numeroso público, cosa de 30 000 personas.<sup>49</sup> Y para ese mismo día la Dirección General de Instrucción Primaria dispuso que los directores de todas las escuelas dieran lectura, frente a todo el alumnado, a la biografía sintética o “Microbiografía a vuela pluma” que sobre Hidalgo preparara especialmente “para el cultivo de la inteligencia infantil” José María de la Fuente y en la que precisaba y corregía no pocos datos relativos a tan

ilustre personaje, como la fecha de su nacimiento, obra que sería obsequiada en cada escuela al alumno que hubiera realizado los mayores adelantos intelectuales.<sup>50</sup> Cabe aclarar que la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes editó de dicho autor su interesante y voluminoso *Hidalgo íntimo*, mientras que sus *Apuntes y documentos sobre las familias Hidalgo y Costilla, Gallaga Mandarte y Villaseñor* fueron impresos por el Museo Nacional.<sup>51</sup> También que la Dirección General de Instrucción Primaria había dispuesto que durante el Centenario las escuelas primarias organizaran una fiesta de carácter cívico y levantaran altares a la patria, para los que adquirió una gran cantidad de bustos, simulando bronce, del Padre de la Patria.<sup>52</sup>

Dos días más tarde, el 4 de septiembre, se efectuó un desfile de carros alegóricos, organizado por la Comisión Nacional y el Comité Nacional del Comercio con la participación de los “gremios” de la agricultura, la minería, los bancos, las industrias y el comercio, en el que tomaron parte delegados de los clubes deportivos, de diversos estados, de los agricultores, de los mineros, de los centros recreativos o mutualistas y de las fábricas industriales. El desfile, iniciado en la Plaza de la Reforma, fue encabezado por el carro que enviara El Centro Mercantil y que rendía homenaje tanto a Hidalgo como a Juárez y a Díaz, verdadera alegoría de la historia nacional que no pudo estar más de acuerdo con la visión del régimen porfirista, pues el busto del Padre de la Patria, ubicado en el centro, iba coronado por la misma Patria, mientras que el del Benemérito lo era por la Justicia y el del Caudillo por la Paz, lo cual resulta sobremanera interesante si se toma en cuenta que el homenaje, si bien organizado por la Comisión Nacional, provenía no de una instancia gubernamental sino de un establecimiento comercial.<sup>53</sup> Por último, se inauguró en Tlalpan un busto de Hidalgo con motivo del Centenario.<sup>54</sup>

Por su parte, Morelos fue honrado en varias ocasiones de manera particular. Amén de que también en Tlalpan se inauguró un busto suyo,<sup>55</sup> el 11 de septiembre la colonia michoacana



rindió homenaje a su estatua ubicada en el jardín de la Santa Veracruz, en el que hubo música, ofrendas florales y discursos y al que se unieron sociedades y corporaciones mutualistas, amén de “incontables admiradores del caudillo”.<sup>56</sup> Pero el peso histórico del Generalísimo y, con él, el de la insurgencia, se dejó sentir con mayor fuerza en la entrega del uniforme y otros objetos que le fueran quitados por los realistas y que por encargo del rey de España hizo el marqués de Polavieja al presidente de México el 17 de septiembre en una de las ceremonias más solemnes de todos los festejos y acto que, al decir de la *Crónica oficial*, fue el que más conmovió al pueblo, por ser Morelos no sólo la figura legendaria por excelencia sino por ser el mestizo que simbolizaba la fusión de las dos razas; por ser, en suma, el “representante genuino de la nacionalidad mexicana”.

La ceremonia fue impresionante. La procesión salió de la Secretaría de Relaciones Exteriores y terminó en Palacio Nacional. Puestos sobre una cureña de cañón el retrato y los objetos de Morelos, iban escoltados por diversos jefes militares de la más alta graduación. Les seguían los integrantes de la embajada especial de España y los diplomáticos españoles acompañados por distinguidos funcionarios, como el subsecretario de Relaciones Exteriores, Federico Gamboa, y el de Guerra y Marina, el general Ignacio Salamanca, y a continuación las banderas históricas, encabezadas por el estandarte de Hidalgo, imagen de la Guadalupana, seguido, entre otros, por el de Morelos y por “el Doliente Hidalgo”. Al llegar a Palacio se tocó el Himno Nacional, repicaron todas las campanas de Catedral y la bandera nacional fue arriada y vuelta a subir para hacer un triunfal saludo, lo que conmovió hondamente a todos los presentes. Porfirio Díaz, luciendo el uniforme de divisionario y con su gabinete y su Estado Mayor, recibió a Polavieja, quien en su discurso reconoció como gran ciudadano y gran soldado a Morelos. Asimismo expresó la gran satisfacción con que la madre España y su rey se asociaban al

centenario de la independencia mexicana, a la que reconoció como “necesaria evolución histórica” que el país había sabido cumplir por sus grandes aptitudes y por las del propio Díaz, que le había dado la paz y colmado de beneficios, por lo que México gozaba del respeto, estimación y cariño de todos los pueblos, y terminó recordando la gran labor americana de la madre España y el orgullo que por su hija sentía.<sup>57</sup> Díaz, a su vez, recibió en nombre de la República las reliquias de Morelos, a quien calificó de “padre indisputable y principal” de la patria mexicana, y expresó que “Si España ufánase de habernos dado vida, México se enorgullece de reconocerlo y proclamarlo”. A lo que añadió:

Yo no pensé que mi buena fortuna me reservara este día memorable en que mis manos de viejo soldado son ungidas con el contacto del uniforme que cubrió el pecho de un valiente, que oyó palpar el corazón de un héroe y prestó íntimo abrigo a un altísimo espíritu que peleó, no contra españoles, porque fuesen españoles, sino porque eran los opositores de sus ideales; que persiguió, no a España, precisamente, sino la realización de una quimera para entonces y dulce realidad después para nosotros: crear una nacionalidad soberana y libre.

Breves y mesuradas palabras que, según García, causaron una de las emociones más hondas de todos los festejos y se vieron coronadas con una delirante ovación. Polavieja vitoreó entonces ¡Viva México!, ¡Viva nuestro gran presidente!”, y Díaz contestó, coreado por los asistentes: “¡Viva España! ¡Viva nuestra Madre Grande!”<sup>58</sup>

Hubo más sobre Morelos. La Comisión Nacional, admiradora confesa de su genio político y militar, quiso tributarle un homenaje especial con motivo del Centenario erigiéndole un monumento en San Cristóbal Ecatepec, donde fuera fusilado. Convocó así a un concurso, ganado por el arquitecto Ramón López de Lara a pesar de que su proyecto contó con la oposición

tenaz de uno de los miembros del jurado. Pero el monumento no se construyó porque la Comisión, probablemente a causa del agrio enfrentamiento entre los jurados del concurso, decidió hacerlo hasta 1911 por cumplirse entonces, según señaló, los cien años de su participación en la insurgencia, lo cual era no sólo un pretexto sino inexacto, ya que Morelos se había unido al movimiento desde 1810. Quizá lo más interesante de todo este asunto sean las opiniones que el Siervo de la Nación mereció tanto a la Comisión como a los jurados. De ellas, aquí recojo la registrada por la propia Comisión para justificar la propuesta ganadora, señalando que expresaba las tres grandes cualidades de la personalidad de Morelos: “patriotismo acendrado que lo llevó al martirio, talento organizador y de estadista y genio militar, sin que pueda demostrarse que alguna de estas cualidades predominara sobre las otras”, al tiempo que la propuesta apoyada por el jurado disidente, el arquitecto Armando Santacruz, destacaba solamente la militar. Por su parte, este último defendió su dictamen argumentando que Morelos no sólo era el más grande de los generales de la historia mexicana sino uno de los más grandes genios militares de la historia universal, y criticaba el carácter funerario del proyecto ganador así como sus exóticos elementos decorativos que nada tenían que ver con la historia, las costumbres y la idiosincrasia nacional en un monumento dedicado a quien era “la personificación más genuina de la Patria mexicana”.<sup>59</sup>

Si bien el monumento a la memoria de Morelos no fue levantado en Ecatepec, y si bien la Comisión había decidido pasar las celebraciones en su honor a 1911, parecióle injusto no dedicar específicamente algún acto a honrar “la memoria del notable guerrero y del sagaz político que ejerció tanta influencia en la lucha y tan gran valor moral dio a las ideas de emancipación por la que aquélla fue emprendida”, por lo organizó la colocación de una lápida conmemorativa en La Ciudadela, donde estuvo preso antes de ser fusilado, ceremonia llevada a cabo el 21 de

septiembre. Participaron en ella distinguidos representantes del gobierno, del ejército, de diversas agrupaciones científicas y literarias y un gran número de alumnos de las escuelas. Uno de los números del programa fue el Himno a los héroes de la independencia. Otro lo fue el interesante discurso de Isidro Fabela.<sup>60</sup>

De entrada, Fabela sostuvo que “El genio de nuestra raza heroica fue Morelos, porque él encarnó el alma de la Patria, cuando el pueblo, en un grito trascendente de colmada angustia, reveló al conquistador hispano el nacimiento de su conciencia nacional.” Raza que para el orador no era otra que la indígena, cuyo pasado invocó muy al estilo de Carlos María de Bustamante al señalar que “Las almas de Cuauhtémoc e Ilhuicamina retornaron a él para iluminarlo en el combate y sostenerlo como el portavoz de sus inmortales triunfos.” Así, Morelos surgió del pueblo para conducir al pueblo sin oír más clamores que los de la redención de sus iguales, sin sentir más emociones que las de sus hermanos oprimidos y sin abrigar más ilusión que la noble de la libertad. Fabela encontraba en Morelos, a quien comparó favorablemente con Washington, San Martín y Bolívar, al genio militar de la historia mexicana. Reconoció asimismo su obra, aunque inalcanzada, como político, que se propuso crear “una nación respetable y respetada, con el gobierno requerido por un pueblo de iguales: la República,” y cimentó en la primera Constitución mexicana el ideal de los constituyentes de 1857. Exaltó también de diversas maneras su amor a la patria y precisó: “Amaba a la Patria porque el extranjero se adueñó de sus montañas y de sus lagos, de sus campos y de sus cielos; porque la Patria tenía sus pensamientos y se los habían arrebatado; porque tenía su historia y se la habían mancillado; porque la Patria era de su raza y de sus dioses, y él había venido al mundo a rescatarla del intruso y ponerla a los pies de sus hermanos.”<sup>61</sup> Fabela presenta, así, una visión del proceso de la independencia bien diferente a las de otras piezas oratorias del Centenario que prefigura formas distintas de

recuperar la memoria de la emancipación que ya no incluirán reconocimiento alguno a los tres siglos de dominio español --cuya fuerte presencia se hizo sentir en no pocos de los festejos--, sino al contrario, pues se les irá dando, y cada vez más, un signo negativo.

La figura de Morelos fue nuevamente exaltada el 23 de septiembre en la ceremonia en que se colocó la primera piedra del Palacio Legislativo, que más tarde se convertiría en el Monumento a la Revolución. El orador oficial, el diputado José R. Aspe, recordó en su discurso a los integrantes del Supremo Congreso Nacional Americano, quienes diseñaron la primera forma de gobierno representativo de México y a quienes calificó de creadores de la nacionalidad mexicana. Recordó en particular a Morelos, quien fuera el responsable de convocarlo y de organizarlo, cuya heroica y brillante trayectoria dentro del movimiento insurgente se encargó de reseñar. Además de analizar con cuidado los Sentimientos de la Nación, que en su opinión condensaban los anhelos de un pueblo que comenzaba a vivir, Aspe dio cuenta de que los fines por los que habían luchado aquellos diputados, Morelos el primero, eran ya una realidad: la independencia, la abolición de la esclavitud y el régimen representativo. A ellos les había tocado la difícil tarea de derrumbar para construir; a los legisladores en funciones les tocaba conservar, dignificar y engrandecer. Así, aquéllos eran los ejemplos que éstos debían seguir.<sup>62</sup>

Otra de las personalidades que mereció un homenaje fue doña Josefa Ortiz de Domínguez. Se trató de una solemne manifestación en su honor celebrada el 30 de septiembre ante su estatua en el Jardín de Santo Domingo, que a partir de entonces cambió su nombre a Jardín de La Corregidora, iniciativa debida a las señoritas Delfina y Beatriz Morales y que la Comisión calificó de simpática, acto en cuya organización participaron varias doctoras y otras mujeres y dirigido preferentemente a la población femenina de la capital, por lo que se invitó al personal de las escuelas de niñas y a diversas agrupaciones de obreras.<sup>63</sup> La manifestación --que

la *Crónica oficial* también califica de simpática-- fue presidida por el procurador general de la República y por la Comisión del Centenario.<sup>64</sup> Y a este homenaje se unió la inauguración de una escuela con el nombre de “Corregidora de Querétaro”, acto presidido por Justo Sierra.<sup>65</sup>

En cuanto a otros personajes de la insurgencia o vinculados con ella, el 9 de septiembre la Comisión colocó sendas lápidas conmemorativas en las casas donde murieran Andrés Quintana Roo y Leona Vicario,<sup>66</sup> mismo día en que se celebró una fiesta en honor de esta última en la Escuela Nacional Primaria Superior que llevaba su nombre, la cual fue patrocinada por la Secretaría de Instrucción Pública y presidida por el subsecretario Chávez, quien hizo el encomio de las grandes mujeres de la historia.<sup>67</sup> En ella se repartieron ejemplares de la biografía que Genaro García preparara sobre tan distinguida heroína y que fuera publicada por el Museo, mientras que Quintana Roo mereció que la Secretaría de Fomento imprimiera la obra de Manuel Miranda y Marrón.<sup>68</sup> Y tres días después, la Comisión puso una placa de mármol en el Real Seminario de Minería para recordar a sus alumnos insurgentes Mariano Jiménez, Casimiro Chowell, Ramón Fabie, Isidro Vázquez Valencia y Rafael Dávalos.<sup>69</sup>

En la exposición del Asilo Colón aparecieron igualmente varios insurgentes, amén de Agustín de Iturbide, pues seis de los 18 cuadros de tema histórico correspondieron al proceso emancipador, dos menos que al periodo colonial: *La Corregidora de Querétaro*; *El Grito de Dolores*, obsequio nada menos que del propio Díaz; *Pípila incendia Granaditas*; *Morelos en Cuautla*; *El General Nicolás Bravo perdona a los prisioneros españoles*, donado por el vicepresidente Ramón Corral, e *Iturbide entrega a Guerrero el pabellón tricolor*, que obsequiara José Ives Limantour, secretario de Hacienda.<sup>70</sup> El recorrido que en ellos se hace de la insurgencia, si bien no tan extenso como el dedicado al periodo novohispano, resulta, a mi parecer, muy significativo por la selección de los momentos que conmemora, algunos de los

cuales aparecieron asimismo representados en una serie de tarjetas postales que por entonces se puso a la venta.<sup>71</sup>

Hubo, además, homenajes rendidos a varios insurgentes de manera conjunta. Así, el 11 de septiembre la Sociedad de Empleados Federales llevó a cabo una manifestación. Iniciada en San Ildefonso, pasó a Catedral, donde los participantes depositaron uno a uno sus coronas y ramilletes de flores ante los restos de Hidalgo. De Catedral siguió al jardín de la Santa Veracruz, donde se encuentra la estatua de Morelos, y de ahí al de San Fernando, donde se halla el monumento a Vicente Guerrero.<sup>72</sup> En esta forma, se honró a los tres más distinguidos exponentes del movimiento insurgente.

Uno de los actos más importantes de conmemoración de la insurgencia fue la Gran Procesión Cívica organizada y presidida por la Comisión Nacional y efectuada el 14 de septiembre, a la que asistieron más de 20 000 personas, según la *Crónica Oficial*, y cosa de 12 000, al decir de la propia Comisión. La procesión partió de la glorieta de Colón hacia Catedral, donde sus integrantes depositaron ofrendas florales en las urnas de los restos de los héroes de la independencia colocadas en un mausoleo o catafalco levantado entre las dos puertas del templo para después desfilar frente a Palacio Nacional, desde cuyo balcón central fue contemplada por el presidente, su gabinete y su estado mayor. La Procesión, en la que debían participar todos los grupos sociales según había propuesto tiempo antes la Comisión Nacional, contó con representaciones de muchos de ellos, dándose así una ordenada y jerárquica participación por sectores. Dividida en quince grupos, éstos fueron encabezados por distinguidas personalidades, entre ellos Demetrio Sodi, Landa y Escandón y Pimentel y Fagoaga, y se integraron con las comisiones de los tribunales federales, civiles y militares; funcionarios del Consejo de Gobierno y del gobierno del Distrito; el Poder Judicial del Distrito; miembros del Ayuntamiento;

delegados de Dolores Hidalgo y de los estados y de los territorios; colonias de los Estados; la prensa capitalina y de fuera; empleados de las secretarías de Estado; academias y sociedades científicas y literarias; escuelas superiores y profesionales; compañías y negociaciones; sociedades de obreros, de artesanos y de ferrocarrileros; fábricas y talleres del Distrito; agrupaciones militares, gremios y corporaciones. A ellos se unieron los marinos alemanes, franceses, brasileños y argentinos, que por entonces estaban de visita, y los cadetes del Colegio Militar, de la Escuela Militar de Aspirantes y de la Naval de Veracruz, al igual que varias bandas de música. Y al decir de la Comisión, “La majestad del acto, al que dio realce la categoría social de los numerosos y distinguidos gremios que en él tomaron parte, confirmó el alto espíritu de patriotismo popular”. Cabe señalar que, por acuerdo de la Comisión y como acto central de los festejos, debía celebrarse una procesión semejante en todos los estados de la República.<sup>73</sup>

La insurgencia y el Movimiento Trigarante hicieron, desde luego, acto de presencia en el Desfile Histórico del 15 de septiembre. Para representar a la “Época de la independencia y época actual”, el tercero de los grupos de que se compuso el Desfile, no sólo se echó mano de una representación en vivo, como fue el caso de los dos anteriores, sino que también se recurrió a los carros alegóricos. Y a la insurgencia correspondió esta segunda y peculiar modalidad, caso único de todo el Desfile. Así, el primer número, titulado “Glorificación del Generalísimo D. Miguel Hidalgo”, fue un carro alegórico que ofreció el gobierno del Estado de Hidalgo, mientras que otro “en honor del Generalísimo insurgente D. José María Morelos” y donado por el gobierno del Estado de Michoacán conformó el segundo. El tercer número fue la representación en vivo de la entrada del Ejército Trigarante a la Ciudad de México, encabezado por Iturbide, al que acompañaban los antiguos insurgentes Vicente Guerrero, Manuel Mier y Terán y Guadalupe Victoria, así como del realista Anastasio Bustamante, seguidos de varios cuerpos militares. Tres



carros alegóricos conformaron los números finales, uno dedicado al sitio de Cuautla, retornando así a la insurgencia, que fuera proporcionado por el gobierno del Estado de Veracruz, y los otros dos, de los cuales no he podido averiguar su temática, por los de Tabasco y de Colima. Se dio, así, la participación de diversas entidades federativas, no sólo por haber enviado los carros alegóricos sino porque éstos fueron escoltados por representantes y por agrupaciones de dichas entidades.<sup>74</sup> No deja de llamar la atención el hecho de que García, cuidadoso cronista de los festejos, registre los nutridos aplausos recibidos por la representación del Ejército Trigarante y los consumidores de la independencia así como por los carros alegóricos, pero sin especificar ni el orden de aparición ni la temática de estos últimos, mientras que la obra de Gustavo Casasola, además de señalar que el programa fue todo un éxito por lo bien representado, sí registra que “Se glorificó y se aplaudió extraordinariamente al Generalísimo Miguel Hidalgo.”<sup>75</sup>

Según Lempèriere, para quien el Desfile fue el momento conmemorativo que revela mejor la memoria tanto histórica como política del régimen de Díaz durante el Centenario, el hecho de que en su tercer grupo se prefiriera representar a un ejército profesional y no a las andrajosas hordas de Hidalgo se debió a que, al pretender representar “crudamente, en sus faustos y libramientos, inmutable a pesar de los cambios de época, el poder civil santificado del emperador indígena y del rey de España”, no tuvieron cabida ni los primeros insurgentes ni principios abstractos como libertad, República o nación; “Fueron los carros alegóricos enviados por cada uno de los estados de la federación y colocados al final del desfile histórico propiamente dicho los que, como ‘monumentos cívicos’, asumieron esta función.”<sup>76</sup>

El Desfile fue, desde luego, uno de los momentos centrales de las celebraciones y resultó uno de los festejos más concurridos, si no el que más, pues a lo largo de su recorrido por las principales calles de la capital fue presenciado por 200 000 espectadores según la Comisión, el

doble de los asistentes al Grito en el Zócalo, si bien la *Crónica oficial* registra que el cálculo de la prensa arrojaba entre 50 y 70 000, y desde el balcón central de Palacio Nacional, donde terminó, fue contemplado por Porfirio Díaz, su gabinete, los invitados especiales y el cuerpo diplomático. Requirió, además, de una preparación especial, por lo que Casarín, secretario de la Comisión Nacional, a cuyo cargo corriera principalmente su organización, dedicó a ella más de un año durante el cual consultó “todo lo que existe escrito en la Historia del país” e investigó los datos fehacientes que confirmó mediante pláticas con destacados historiadores, lo que le permitió representar de “manera fidedigna” las escenas de que se compuso. Tarea de la que quedó debida constancia en el bello *Programa* que se distribuyó con profusión.<sup>77</sup>

A reserva de una más profunda indagación en cuanto a los motivos que llevaron a Casarín y a la propia Comisión para organizar el Desfile Histórico de la manera en que lo hicieron, son varias las posibilidades que tanto la representación que se hizo de la insurgencia como el propio Desfile abren a la especulación. Puede decirse, de entrada, que no ofreció una visión de conjunto de la historia mexicana sino tan sólo de tres de sus momentos, dos de ellos desde luego claves. Presentó, además, notables desequilibrios en cuanto a los grupos que lo conformaron, comenzando por el número de sus participantes: 839 en el primero, 288 en el segundo y sin especificar el tercero, desequilibrios que quedaron reflejados en el *Programa* impreso. De esta manera, los dos primeros contaron con títulos que precisaban la época que cada uno de ellos debía representar y especificaban el suceso histórico escogido para hacerlo; no así el tercero, cuyo título se refirió a dos épocas, la de la independencia y la actual, sin más especificación. A ello se une que los dos primeros merecieron una explicación histórica de la que careció el último, carencia referida también al apartado relativo a su organización. Desigual fue asimismo la presentación que de cada uno hace el *Programa*, pues al primero corresponden diez

páginas, tres al segundo y sólo dos al último, y lo mismo ocurre con las ilustraciones: 50, 15 y dos, respectivamente, desequilibrio que también se da en cuanto a los personajes históricos representados, pues aparecen Moctezuma, cuatro personajes indígenas, Cortés y cinco conquistadores en el caso del primer grupo, ninguno en el segundo, e Iturbide y Guerrero en lo que se refiere al tercero.<sup>78</sup> Da la impresión que, quizá por cuestiones de tiempo, se dedicó mayor atención al primer grupo, bastante menos al segundo y todavía menos al tercero. Y en cuanto a no haberse representado en vivo al movimiento insurgente pudo deberse, entre otras causas que habrá que averiguar, a que fue necesario permitir la participación de los estados de la República interesados en hacerse presentes en tan destacado acto.

Para la ceremonia del Grito el 15 por la noche, la Ciudad de México se engalanó como nunca. Adornos, banderas, retratos de los principales caudillos, edificios iluminados, las fechas de 1810-1910 y las palabras de *Paz*, *Progreso* y, sobre todo, *Libertad*, así como numerosos fuegos artificiales, enmarcaron la celebración, llevada a cabo en las ocho demarcaciones de la capital. En la ceremonia efectuada en el Zócalo, a la que asistieron cosa de 100 000 personas, el presidente, rodeado del vicepresidente, los miembros de su gabinete y los embajadores, haciendo ondear la bandera, “pronunció las palabras solemnes: ¡Viva la Libertad! ¡Viva la Independencia! ¡Vivan los héroes de la Patria! ¡Viva la República! ¡Viva el pueblo mexicano!”; según registra la *Crónica Oficial*. De esta manera, el Grito de 1910 no hizo referencia explícita a ningún insurgente.<sup>79</sup>

La insurgencia volvió a figurar, esta vez en primerísimo plano, al celebrarse el 16 de septiembre la “Ceremonia oficial del CENTÉSIMO ANIVERSARIO DE LA PROCLAMACIÓN DE LA INDEPENDENCIA”, según el programa oficial,<sup>80</sup> e inaugurarse la Columna de la Independencia, cuya primera piedra había sido colocada por Díaz desde el 3 de

enero de 1902. Diseñada y construida por el arquitecto Antonio Rivas Mercado, en los ángulos de su base se encuentran cuatro esculturas que representan la Ley, la Justicia, la Guerra y la Paz, en cuyos pedestales se grabaron los nombres de 24 héroes y heroínas del proceso emancipador, selección llevada a cabo por Genaro García, quien en su estudio señaló que la justicia aconsejaba glorificar por igual a militares, políticos, escritores, conspiradores, precursores y mujeres.<sup>81</sup> En un nivel superior del monumento, al frente de la Columna, aparece la figura de Hidalgo con una bandera y en sus ángulos las de Morelos, Guerrero, Xavier Mina y Bravo. Por último, en los anillos superiores del fuste aparecen los nombres de Aldama, Rayón, Galeana y Allende en el primero, y los de Matamoros, Victoria, Mier y Terán e Iturbide en el segundo, y corona al monumento una victoria alada.

Lempèriere señala que “No se consagró ningún monumento a los insurgentes cuando el gobierno inauguró, sobre el Paseo de la Reforma, la columna de la Independencia, símbolo más abstracto.”<sup>82</sup> Sin embargo, ésta no fue, por lo menos no en todos los casos, la percepción que por entonces se tuvo de ella. Cosa de un mes antes de su inauguración, *La Semana Ilustrada* dio cuenta de que con la Columna quedaba “labrado en piedra y mármol un hermoso monumento en honor de los que sacrificaron tranquilidad y aún vida por darnoslas a nosotros y un merecido recuerdo de honor”, y el articulista reflexionaba que si tan admirables hombres contemplaran “la glorificación de que son objeto, la veneración y el amor que por ellos sentimos los mexicanos, los héroes (siempre en su condición de superhombres), darían por bien empleado el sacrificio sufrido y aún el sacrificio de la vida.”<sup>83</sup> Por su parte, *El País*, al informar de los nombres grabados en el monumento, apuntaba que constituían “un catálogo completo de lo más notable de la pléyade de mártires de la Independencia, cuyo recuerdo va a glorificarse, quedando así

presentes ante las generaciones que desfilarán frente al glorioso monumento, que conmemora en el paseo de la Reforma la epopeya de 1810.”<sup>84</sup>

La inauguración de la Columna de la Independencia, espectacular y solemne, giró específicamente alrededor del movimiento insurgente y de sus héroes, y fue presidida por Díaz, quien iba acompañado de representantes de los poderes federales, de su gabinete y de su estado mayor, así como de los enviados especiales y del cuerpo diplomático, amén de otros invitados. En ella, el secretario del Ayuntamiento capitalino dio lectura al Acta de Independencia insurgente, la emitida por el Supremo Congreso Nacional Americano en Chilpancingo el 6 de noviembre de 1813, y el discurso oficial estuvo a cargo de Macedo, subsecretario de Gobernación. Discurso que resulta bien interesante por dar su interpretación del monumento que se inauguraba, cuya columna significaba para el orador tanto la aspiración humana a formas superiores de vida como la ofrenda de la Patria “a los creadores de la Nación Mexicana, simbolizados en el Padre Hidalgo y en cuatro de los Insurgentes más conspícuos” y cuyo remate, colocado sobre un capitel con las figuras del águila legada por los ancestros aztecas, era un ángel en quien se confundían la independencia y la victoria. También interesa tanto porque de entrada plantea que cada generación y cada época evocan la historia de una manera propia como por explicar cómo se comprendía en ese entonces el pasado y cuál era el futuro que se creía estar elaborando. Sobre todo interesa aquí por la visión que en el recoge de la historia mexicana, y en especial de la insurgencia. Macedo sostuvo que la lucha iniciada hacía justo entonces cien años, dada sin organización ni disciplina, había sido una explosión del odio de la nueva raza formada durante la colonia, y con ella se había abierto “el periodo doloroso en que con lágrimas y con sangre se va a constituir la nacionalidad propia de esta raza “. La insurgencia fue, entonces, el penoso y difícil inicio del proceso, al que sucedió un instante en que todo pareció unión y

concordia cuando Iturbide se decidió a entrar en lo que el orador llamó “el grupo olímpico de los fundadores de la nacionalidad” y cuando, al consumarse la independencia, se proclamó la fusión de todas las razas, de todas las creencias y de todas las aspiraciones de los mexicanos y el pabellón de Iguala se convirtió en la bandera de la patria. Apariencia de bonanza que resultó fugaz, pues habiéndose resuelto ya el problema de la nacionalidad faltaba dar solución al político; quedaba todavía por recorrer un largo y dificultoso camino, y a dar cuenta de él dedicó el orador resto de su discurso.<sup>85</sup> Finalmente, y antes de que el presidente declarara inaugurado el monumento, Salvador Díaz Mirón leyó una poesía en honor de Hidalgo.<sup>86</sup>

Un día después de inaugurada, la Columna de la Independencia fue el sitio donde culminó una manifestación en homenaje a sus héroes organizada por el Comité de Mecánicos y Ferrocarrileros con el patrocinio del Gobierno del Distrito Federal, ceremonia que presidió Gabriel Mancera, en la que también hubo discursos, se cantó el Himno a la Patria, el Canto a la Paz y el Himno Nacional, y se depositó una artística y elegante corona de flores.<sup>87</sup> Y el 18 de septiembre la Sociedad de Empleados del Comercio efectuó una manifestación que asimismo culminó en la Columna de la Independencia y en la que igualmente se pronunciaron discursos y se depositaron coronas y ofrendas florales.<sup>88</sup>

Pero fue la apoteosis de los caudillos y soldados de la independencia la final y espectacular ceremonia que constituyó el apropiado cierre de todos los festejos, la cual se había programado originalmente para el 30 de septiembre, último día del mes patrio en que debían llevarse a cabo todas las celebraciones. De haber sido así, hubiera resultado muy adecuado por tratarse también del 145 aniversario del natalicio de Morelos, pero no he encontrado referencia alguna a que la Comisión lo hubiera considerado, y la ceremonia acabó por celebrarse el 6 de octubre, al parecer por el gran número de actos que finalmente se organizaron. De hecho, el 30

de septiembre se llevaron a cabo tanto el homenaje a la Corregidora como ceremonias de juras a la bandera, entre ellas la de los obreros capitalinos celebrada en la Columna de la Independencia y cuya iniciativa se debiera a la Sociedad de Relojeros, Joyeros y Grabadores, la que fuera presidida por el gobernador del Distrito Federal.<sup>89</sup>

La apoteosis, a la que asistieron cosa de 10 000 personas, tuvo lugar por la noche en el patio central de Palacio Nacional, donde para tan solemne ocasión se erigió un impresionante catafalco en forma de pirámide, diseñado por el arquitecto Federico Mariscal. Cuatro grandes pebeteros con incienso humeante y haces de lanzas romanas enmarcaban cuatro lápidas, una con la inscripción “Patria. 1810-1910” y en las otras los nombres de los principales caudillos, de los que en las fotografías localizadas sólo se alcanza a ver los de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez en la del costado derecho, y al parecer los de Morelos y Galeana en la del izquierdo. Coronaba tan espectacular monumento una urna cubierta por la bandera y sobre ella el águila nacional con las alas abiertas.<sup>90</sup>

Como atinadísimamente señaló Creel, orador oficial del acto, el recinto se había convertido en un templo, en cuyos altares “La Patria mexicana, penetrada de gratitud y amor, rica con todos los dones que le ha prodigado la naturaleza y orgullosa de todas las grandezas y las glorias que han cosechado para ella con sus esfuerzos los héroes y con su sangre los mártires [...]glorifica y enaltece a sus redentores y entona en su honor himnos triunfales.” Y a continuación reconoció el respeto que debe guardarse a la tradición, así como la veneración debida a los grandes hombres y a los grandes hechos que conmemora la historia, respeto y veneración de que en su discurso dio repetidas muestras. Así, calificaba a la historia del México moderno --esto es del Grito de Dolores al Centenario-- de una gloriosa epopeya y reconocía que a los emancipadores se les debía que la Patria fuera, ya, una y libre.

Glorificados por la historia en cuatro grandes grupos: los precursores, los iniciadores, los continuadores y los consumidores, precisó que, de todos ellos, el más destacado era el de los iniciadores, a quienes se debía preferir y venerar y cuyas figuras se agigantaban al revisar sus acciones, de las que se ocupó de dar cuenta. Señaló entonces sus aciertos y sus errores, como el que cometiera Hidalgo al no entrar en la capital y consumir la Independencia, error que le costó la vida y que hubiera permitido la permanencia del gobierno colonial sin el grupo de los continuadores y de “su colosal caudillo Morelos”, cuyas exitosas campañas también relató, quien llevaría a la victoria el estandarte de Hidalgo. Y si bien fue a Hidalgo a quien dijo deberse la preferencia y la veneración, fue a Morelos a quien otorgó los más encendidos elogios: “ser portentoso, grande hasta lo colosal, Generalísimo que sólo quería llamarse 'siervo de la Nación', estratégico y táctico incomparable, legislador sabio, filántropo exquisito”, quien purgó “con su sangre el delito de haber sido el más grande de los patriotas y el más glorioso de los caudillos.” El orador dio también cuenta de la desastrosa etapa que siguió a su muerte, cuando la causa de la libertad parecía aniquilada y perdida. Pero la bandera insurgente fue mantenida por el indómito Guerrero, quien dio tiempo al caballeroso Iturbide para recapacitar y poner finalmente su espada, su inteligencia y su corazón al servicio de la causa independiente. Así, los mexicanos consumaron la independencia y levantaron la imagen de la Patria libre y triunfante sobre la sangre y los cadáveres de los héroes y los mártires. Creel encontraba en los caudillos del movimiento insurgente todas las virtudes, al tiempo que reconocía que la independencia había sido “la más noble y grande de las causas y que a su servicio se pusieron, para hacerla triunfar, los más grandes y nobles de los hombres”. Lo que no le impidió señalar, acto seguido, que sería horrenda su ingratitud si en la apoteosis que entonces se celebraba sólo se reconociera a quienes consumaron la independencia política



y se “olvidara a quienes, igualmente grandes y admirables, la han completado, consolidado y abrillantado”, reconocimiento al que dedicó el resto de su discurso.<sup>91</sup>

Al terminar éste, la orquesta del Conservatorio ejecutó la Marcha Fúnebre del Crepúsculo de los Dioses, de Ricardo Wagner --por demás apropiada para el último y grandioso acto del régimen de Díaz--, y Agustín Rivera y Sanromán, uno de los historiadores más conocidos del periodo, pronunció otro discurso. Si bien el discurso del padre Rivera resulta ser un tanto disperso y a veces confuso, contiene una visión de la independencia que vale la pena recoger y en la que aparecen algunas similitudes con la del discurso pronunciado poco antes por Fabela en homenaje a Morelos en cuanto a la exaltación del indígena. Rivera sostuvo que la historia nos enseña que las revoluciones sociales las hace el pueblo bajo dirigido por hombres superiores, y la de independencia fue hecha por la raza india dirigida por los jefes insurgentes, en particular por Hidalgo. Después de luchar denodadamente durante once años contra el poder de los virreyes y del sacerdocio, los indios triunfaron en 1821, “viendo brillar el águila de sus antiguos reyes aztecas, el águila parada en un nopal, en el pabellón nacional.” De esta manera, borró de un plumazo la participación de los criollos en el proceso independentista, y tampoco mencionó a la nueva raza, esto es al mestizo, tan invocada por otros oradores y tan cara al régimen porfirista. Rivera se refirió también a otros acontecimientos de la historia nacional, y señaló que “Hidalgo y Juárez plantaron la frondosa oliva de Porfirio Díaz,” de quien hizo una exaltada exaltación, y terminó con una por demás curiosa observación en la que reconocía la inferioridad de la civilización mexicana frente a las de otros países.<sup>92</sup>

El último orador fue Sierra, quien dio lectura a un poema alusivo, del que aquí recojo tan sólo dos estrofas, la primera referida al significado de la independencia y al lugar que ella ocupa en la historia mexicana:

Este altar es la cima más alta en nuestra historia;  
 su bronce está forjado de sacrificio y gloria  
 y guarda las cenizas del Padre fundador.

Subió a esa cima un pueblo buscando la existencia,  
 de allí bajó la Patria feliz, con la conciencia  
 de su misión divina de paz y de labor.

La segunda estrofa se refiere en particular al papel trascendental de los insurgentes:

¡Oh! Padres que en nosotros vivís, ¡oh! Padres nuestros!  
 en triunfar de la suerte y del dolor maestros,  
 y en cuanto eleva a un pueblo de su ideal en pos;  
 una vez algo eterno pasó por vuestras frentes,  
 os sentísteis gigantes, fuísteis “los insurgentes”....  
 Ese fue el primer día de la Patria y de Dios.”<sup>93</sup>

Díaz depositó entonces en el catafalco una corona. Al hacerlo, y después de referirse a la presencia de los representantes extranjeros, exclamó: “en nombre de la patria vengo a ofrecer a Hidalgo y a sus dignos colaboradores esta corona, que simboliza la gratitud de un pueblo hacia sus héroes”. Las escuetas palabras del presidente produjeron una estruendosa aclamación, y los acordes del Himno Nacional pusieron término a tan solemne acto que, al decir de la *Crónica*, fue el más significativo y grandioso de todo el Centenario, con el que se puso sello final a sus impresionantes festividades.<sup>94</sup> Y aquí debo recoger la diferente opinión de Lempèriere, quien nos dice que “La única ceremonia dedicada a su memoria [de los insurgentes] se llevó a cabo el 6 de octubre, después de la clausura de las grandes fiestas: una ‘Apoteosis’ celebrada al abrigo de las miradas ciudadanas en el Zócalo, transformado en ‘templo austero’, en torno a un catafalco que

acababa de matarlos simbólicamente. Así, el Centenario no fue la ocasión de reconciliarse con los controvertidos héroes de la insurrección de 1810.”<sup>95</sup>

En lo que se refiere a la consumación de la independencia, al Movimiento Trigarante y al propio Iturbide, si bien aparecieron en primer plano durante el Desfile Histórico y si bien fueron mencionados por varios de los oradores en las ceremonias en que se conmemoró el proceso emancipador, no fueron objeto de un festejo especial el 27 de septiembre. A ello se debió que, en su sesión celebrada ese mismo día, el Ayuntamiento capitalino aprobara, después de reñido debate, la moción de conmemorar en ella la consumación de la independencia simbolizada por la entrada del Ejército Trigarante al mando de Iturbide, Guerrero y demás héroes, moción presentada por varios de sus ediles, entre los que se contaba Jesús Galindo y Villa.<sup>96</sup>

### **De los Niños Héroes**

El recorrido que de la historia mexicana llevaran a cabo los festejos de 1910 incluyó también a los Niños Héroes, en ceremonia organizada, como cada año, por la Asociación del Colegio Militar y efectuada el 8 de septiembre en el bosque de Chapultepec, donde dos días después hubo una manifestación en su honor organizada por un grupo de estudiantes.<sup>97</sup> El homenaje del día 8 estuvo presidido por Díaz, a quien acompañaban los embajadores especiales, el cuerpo diplomático, representantes de los poderes federales y numerosos jefes del Ejército y de la Armada. El programa incluyó el discurso oficial del diputado José R. Aspe y la lectura de un poema de Ezequiel A. Chávez. Para terminar, se cantó el Himno a los Héroes cuando Díaz se dirigió al monumento y depositó una corona de flores, a la que se unieron muchas más, entre ellas, lo que resulta significativo, la del general estadounidense Otis.<sup>98</sup>

## **De la Reforma**

Pero fue desde luego la Reforma, encarnada en Benito Juárez, la que constituyó otro de los grandes hitos de la historia patria que estuvieron presentes a lo largo de las celebraciones. En la exposición del Asilo Colón, uno de los cuadros correspondió al Benemérito, quien aparecía firmando las Leyes de Reforma, si bien asimismo se expuso uno relativo a Maximiliano y Carlota.<sup>99</sup> La Reforma y Juárez también hicieron acto de presencia al inaugurarse la Columna de la Independencia, cuando Macedo reconoció que a ambos se debía la emancipación de la tutela de la Iglesia y de cualquier gobierno extranjero.<sup>100</sup> Lo mismo ocurrió en la apoteosis de los héroes de la independencia, al señalar Creel a don Benito como al consumidor de nuestra segunda independencia por abolir las últimas trabas y los últimos privilegios y por haber decretado el Derecho; gracias a él, la conciencia nacional había finalmente logrado romper la prisión en la que se encontraba.<sup>101</sup>

Hubo, además, una ceremonia dedicada específicamente a Juárez, celebrada el 18 de septiembre en la Alameda al inaugurarse, con toda solemnidad y con la asistencia de Díaz, enviados especiales, gabinete, cuerpo diplomático y demás, el monumento levantado a su memoria como ofrenda de la gratitud nacional rendida por la República, según señaló el orador oficial, Carlos Robles. En su discurso, éste calificó de sublime a la Reforma y destacó con claridad sus logros: “La Teocracia muerta; la oración libre; el parasitismo abolido; la ley, amparo del hombre desde la cuna hasta el sepulcro; todos iguales ante ella; la tierra dividida en parcelas, redimida del censo y abierta al trabajo; las barreras rotas para dar paso a la locomotora,” lo que significaba que las necesidades y las aspiraciones de siglos habían quedado consagradas ya como instituciones. Era “La creación de una real y efectiva nacionalidad.” Uno a uno los protagonistas de la Reforma, así como sus opositores, fueron invocados por el orador, quien recordó que todos

ellos habían ya regresado al seno de la naturaleza. Pero su espíritu, sus doctrinas, su fe, sus ideales y su alma seguían viviendo; eran el aliento y el alma de la nueva generación mexicana. Juárez seguía siendo nada más y nada menos que “la verdad y la vida”.<sup>102</sup> Al descubrir Díaz la corona e inscripción del monumento, “una ovación estruendosa saludó el acto y confundió los nombres gloriosos del gran Reformista y del ilustre Caudillo”; entonces, de manera imprevista, el embajador especial de Estados Unidos, Curtis Guild Jr. y el permanente, Henry Lane Wilson, depositaron al pie del monumento una gran corona de flores naturales y Guild lanzó vivas a México, a Juárez y a Díaz.<sup>103</sup> Y aquí recojo lo que señala Lempèriere de que con esta ceremonia culminó el proceso de sacralización en beneficio del poder personal de Díaz, al ligar definitivamente el nombre de Juárez, “héroe epónimo de la Reforma y del México político moderno” con el suyo.<sup>104</sup>

Por su parte, la Junta Estudiantil de Festejos del Centenario organizó varias ceremonias dedicadas a los héroes merecedores de la gratitud de los mexicanos, entre ellas una manifestación en honor de Juárez, la que se llevó a cabo el 20 de septiembre ante su Hemiciclo.<sup>105</sup> Pero el Benemérito ya no figuró en la ceremonia que en Palacio Nacional se llevó a cabo el mismo día en que aquél se inauguró, relativa a la devolución que el embajador especial de Francia hiciera de las llaves de la Ciudad de México entregadas al general Elías Forey en junio de 1863. En su discurso, el presidente expresó que tal devolución era una muestra inequívoca de las estrechas relaciones entre Francia y México, doblemente significativa por darse durante la celebración del Centenario de su independencia, pues recibía de un pueblo hermano un objeto vinculado con la historia de su lucha por conservar la independencia cuya iniciación se conmemoraba.<sup>106</sup>

## **Del Centenario de 1910**

Como puede verse después de este somero e incompleto repaso de sus festejos capitalinos, para el régimen porfirista el Centenario de 1910 fue muchas cosas. Fue, desde luego, la celebración de los cien años de haberse iniciado el proceso que culminaría con la independencia política de la Nueva España, así como la ocasión de dar sobre él su propia visión histórica. Fue también la oportunidad de ofrecer su visión de la historia no sólo de los últimos cien años, vividos ya como nación independiente, sino de su etapa previa, que brindó las condiciones de posibilidad para su desarrollo posterior. Fue, así, para el régimen, la ocasión de estructurar, articular y exponer su visión integral de la historia mexicana. Pero fue sobre todo la apoteosis en todos los órdenes, particularmente el histórico, del régimen porfirista y de manera muy especial de la figura del propio Porfirio Díaz que lo encarnaba, apoteosis realizada con todo lujo, con la mayor de las exaltaciones y de cara al mundo entero.

Esto último quedó expresado con toda claridad en el brindis que el 11 de septiembre el presidente ofreciera a los enviados especiales de los distintos países, en el que, además de precisar que el México del Centenario era un país regenerado por la paz y el trabajo, señaló que el pueblo mexicano había ya pasado de la anarquía a la paz, de la miseria a la riqueza, del desprestigio al crédito y del aislamiento internacional a la amistad con toda la humanidad civilizada. “Para obra de un solo siglo --expresó Díaz--, nadie conceptuará que eso es poco.” Tal era la obra que habían sido invitados a conocer, para que la humanidad viera de lo que eran capaces un pueblo y un gobierno llevados por un mismo móvil: el amor a la patria, y por una aspiración: el indefinido progreso nacional. El presidente precisó que los mexicanos habían podido ser autónomos por haber sabido luchar, pero sólo se habían hecho dignos de su autonomía y de su libertad por haber podido trabajar, y finalizó su brindis con las siguientes

palabras: “Es ésta la impresión definitiva de vuestra estancia entre nosotros, que queremos llevéis a vuestros respectivos países cuando dejéis la tierra mexicana y en nosotros el gratísimo recuerdo de vuestra visita.”<sup>107</sup> Así, en la visión del régimen, México ocupaba ya, finalmente, un lugar distinguido, el que le correspondía, en el concierto de las naciones. No me parece casual que en la Exposición del Asilo Colón uno de los cuadros fuera el titulado *El Héroe del 2 de Abril*, que representaba a Díaz no en el momento del tan celebrado triunfo militar que evoca su título sino en compañía de los presidentes de los Estados Unidos y de Francia, así como de los monarcas de Alemania y de España, el que fuera donado, entre otros, por su yerno, el entonces diputado Ignacio de la Torre, y por el gobernador Diego Redo.<sup>108</sup>

Como bien señala Lempèriere, la celebración del Centenario de 1910 recibió la influencia de la del Centenario de la Revolución Francesa de 1889, uno de cuyos éxitos fuera la asociación de la conmemoración histórica con la celebración del progreso.<sup>109</sup> Y es que para el pensamiento de la época, marcado por el signo del positivismo, el motor de la historia era, justamente, el progreso. Se trataba, así, de una historia evolutiva, y la modernidad era su estadio más elevado, como bien quedó de manifiesto en la visión que de la historia mexicana proporcionó el régimen porfirista durante el Centenario. Y aquí cabe recordar la visión de la historia que don Justo presentara casi diez años antes.<sup>110</sup> Era la historia de la formación de la nacionalidad mexicana, iniciada con la mezcla de dos razas, con el mestizaje, tan exaltado por tantos autores y por el propio régimen por ser en quien la nacionalidad mexicana se veía cabalmente representada. De esta manera, el descubrimiento primero y más tarde la conquista habían sido los responsables de abrir la vía por la que México pudo acceder al progreso y a la modernidad. Pero el país había tenido que pasar por una evolución lenta y difícil, ir paso por paso, etapa por etapa. Así, era la

suya una historia conformada por tres emancipaciones, idea recogida y expresada claramente en varias ocasiones por distintos oradores.

De frente a la Columna de la Independencia, Macedo había hecho hincapié en que el siglo XIX había sido un incesante trabajo de emancipación. De España, primero; después de la Iglesia y de las potencias extranjeras, y la última de la anarquía y de la demagogia, presidido todo ello --acotaba-- por la emancipación mental.<sup>111</sup> En la conclusión de su discurso ante el Hemiciclo a Juárez, Robles señaló: “Hemos llenado las páginas del primer siglo de nuestra Historia con tres nombres, tres glorias, tres emancipaciones”.<sup>112</sup> Por su parte, en la apoteosis celebrada en Palacio, Creel precisó que con la independencia y con la Reforma los mexicanos alcanzaron la libertad en lo político y en lo moral, pero siguieron siendo siervos de sus escaseces. De ahí la necesidad de emprender y consumir lo que calificó de una nueva redención, de una nueva epopeya, la de la paz y el trabajo, llevada a cabo por ese nuevo Ulises que era Porfirio Díaz, a quien se debía que se viviera un momento de plenitud.<sup>113</sup> La Patria, una e indivisible, estaba constituida, la solidaridad nacional afirmada en toda la República y el futuro asegurado, al decir de Macedo, al tiempo que Robles sostuviera que estaba ya cumplida la misión de ser el mexicano un pueblo libre y Creel dejara registro de la trascendental obra de Díaz, la de la regeneración del país. Son quizás, junto con el brindis de don Porfirio a los enviados especiales, las palabras finales del discurso de Creel las que recogen mejor el sentido último del Centenario:

Gracias a él [a Díaz] hemos podido solemnizar nuestro Centenario y esta magna apoteosis con incomparable magnificencia, entre el aplauso y las cordiales manifestaciones de simpatía de todas las Naciones del orbe y en medio de las aclamaciones de un pueblo libre, próspero, culto y feliz.



Así considerada, esta solemnidad se agiganta. Esta glorificación alcanza, no sólo a los héroes y a los mártires de nuestra lucha de Independencia. Nuestra gratitud y nuestra veneración se extienden aún, y sucesivamente, a los prohombres gloriosos de la Reforma, y también incluye, y debía incluir, al magno gobernante; al fundador de la paz, del crédito y de las riquezas nacionales; al educador, con su ejemplo, con las instituciones que ha creado y con los códigos que ha expedido, del pueblo mexicano, y a quien la posteridad llamará el consolidador de nuestra Independencia.<sup>114</sup>

Y es que la revisión que del pasado mexicano hiciera el Centenario de 1910 buscó demostrar que Díaz había llevado a México al estadio más elevado de su historia, asegurando con ello su futuro, y fue la última y más acabada expresión de la legitimación histórica que con tanto cuidado había ido construyendo desde tiempo atrás el régimen porfirista. Resultó también la más precedera. Tan sólo 45 días después del tan apoteósico cierre de las festividades del Centenario, así como del tan brillante panegírico del secretario de Relaciones Exteriores, una nueva revolución vino a ponerla en entredicho, dando así inicio a un nuevo ciclo de revisión y de reacomodo del pasado por parte del nuevo grupo gobernante que terminaría por construir una nueva visión de la “historia oficial”.

## **II. De la “historia oficial” en el Centenario de 1921**

Respecto de la visión, o más bien visiones, que de la “historia oficial” nos brinda el Centenario de 1921, que como en 1910 quedaron plasmadas en diversos textos, resultan más difíciles de rastrear que la de su antecesor, entre otras cosas, por no haber quedado recogidas sino en unas cuantas publicaciones expofeso, como escasos fueron los textos de historia publicados por

funcionarios o entidades del gobierno durante sus celebraciones. Pero también quedaron plasmadas, como en 1910, en los distintos rituales que asumieron las conmemoraciones y los festejos organizados tanto por las autoridades como por otras instancias.

En cuanto a las publicaciones oficiales aparecidas sobre las celebraciones, encontramos los *Discursos oficiales* de los delegados extranjeros y las respuestas que recibieron del presidente Álvaro Obregón, que editados por Manuel Muro publicó la Secretaría de Relaciones Exteriores, o el *Folleto conmemorativo del centenario*, de la Contraloría General de la Nación.<sup>115</sup> Por su parte, el Comité Ejecutivo de las Fiestas del Centenario publicó tanto el *Programa oficial* como su *Noche mexicana en los lagos del bosque de Chapultepec*.<sup>116</sup> Además, a semejanza de 1910, se decidió elaborar una “Crónica Oficial de los Festejos Conmemorativos del Centenario de la Consumación de la Independencia de México”, que al parecer no llegó a ver la luz, parte de cuyo borrador se encuentra en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores.<sup>117</sup> Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con el Centenario anterior, contamos con el extenso y muy útil trabajo de Clementina Díaz y de Ovando que recupera gran cantidad de información periodística sobre sus festejos.<sup>118</sup>

Una de las primeras propuestas de celebrar el centenario de la consumación de la independencia fue lanzada por el periódico *Excelsior* en 1920, en particular por uno de sus redactores, el poeta José de Jesús Núñez y Domínguez, director de *Revista de Revistas*. Otra más lo fue la del Ayuntamiento Constitucional de la Ciudad de México en enero de 1921, cuyo programa de festejos, que abarcaba todo el mes de septiembre, fue propuesto al gobierno federal.<sup>119</sup> Fue sólo hasta abril siguiente que en reunión de Consejo de Ministros el general Obregón, quien apenas el año anterior había asumido la presidencia de la República, propuso celebrar de “manera inusitada” los festejos, para lo cual se designó una Comisión Organizadora

de las Fiestas del Centenario, misma que poco después decidió nombrar, a su vez, un Comité Ejecutivo encargado de elaborar e implementar el programa, cuyo proyecto fue aprobado por el propio Consejo de Ministros.<sup>120</sup> Para elaborarlo, el Comité Ejecutivo solicitó las sugerencias de todo tipo de asociaciones y de agrupaciones. También invitó a los representantes de la prensa, por considerar de gran trascendencia su papel en una celebración nacional popular.<sup>121</sup> De esta manera, tanto por la iniciativa lanzada por *Excélsior* como por la disposición que mostró la Comisión a recibir y apoyar las propuestas de los diversos periódicos y por la respuesta que en ellos encontró, la prensa tuvo en las festividades una ingerencia y una presencia por demás notorias y decisivas.

Como ocurriera en el Centenario anterior, fue reiterada la insistencia de las autoridades en el carácter popular y nacional que debían asumir los festejos. Así, en la sección titulada “Centenario de la Consumación de Nuestra Independencia” del informe que rindiera ante el Congreso de la Unión el 1º de septiembre de 1921, además de dar cuenta de haberse adicionado una partida especial al presupuesto de egresos y creado una Comisión Organizadora de los Festejos y un Comité Ejecutivo, Obregón especificó que las fiestas tendrían un carácter netamente popular, para lo cual se había solicitado la cooperación “de todas las fuerzas vivas del país, sin exclusiones ni privilegios”, y que todas las clases sociales tendrían fácil acceso a ellas sin distinciones humillantes. Asimismo especificó que a todo se le había dado “una orientación esencialmente nacional”, por lo que en arte, industrias y festejos se había aprovechado “nuestros propios elementos”, ya que nada mejor ni más interesante podría enseñarse a los países invitados. Y criticó entonces al Centenario de 1910: “Alcanzando, pues, el carácter popular y nacional que se ha pretendido dar a esta celebración, creemos fundadamente no incurrir en el error del Centenario de la Proclamación de Independencia, y que se significó por su tono aristocrático y su

indiferencia a nuestras tradiciones, artes y costumbres.”<sup>122</sup> Por su parte, Emiliano López Figueroa, presidente del Comité, hizo hincapié en que lo que se conmemoraba no era “el triunfo político de una clase privilegiada en el momento más trascendental que tenemos, sino el triunfo del mismo pueblo. Por tanto, será rarísima la fiesta a la que no puedan concurrir las clases laborantes.” Criticó entonces también al Centenario de 1910, celebrado en el espacio, que calificó de reducido, de las altas clases sociales, por lo que no fue una conmemoración verdaderamente nacional, al tiempo que precisó que el gobierno de Obregón, sostenido por el pueblo, no deseaba imitarlo. Al ser su propósito que los mexicanos celebraran fraternalmente lo que llamaba “el gran día de México”, las fiestas serían de carácter popular “dentro del más puro mexicanismo y también exteriorizarán una modalidad de la vida típica nacional”.<sup>123</sup> Como bien señaló el periódico *El Universal*, el Comité había sabido secundar la idea del presidente “para que el espíritu con que se festeje nuestro Centenario no sea otro que el de un mexicanismo con el que se demuestre el cariño que tenemos por nuestro país.”<sup>124</sup>

### **De la historia latinoamericana**

No obstante éstas y otras importantes diferencias, ambos centenarios ofrecen no pocas semejanzas. Una de ellas se refiere a la presencia de embajadas y misiones especiales de la gran mayoría --poco más de una veintena-- de los países invitados a tan significativa celebración, entre los que destacaron los enviados latinoamericanos por la solidaridad y el apoyo mostrado por sus respectivos gobiernos. Así, en los festejos de 1921 se recordaron también los lazos que unían a México con el resto de América Latina. Como ocurriera en 1910, fue el Ayuntamiento capitalino una de las instancias gubernamentales que los evocó para cumplir lo que consideraba “un deber de simpatías y confraternidad para con naciones hermanas que habían dado el nombre

de héroes mexicanos a las calles de sus ciudades” y que seguían demostrándole a México su amistad y fraternidad, por lo que puso su nombre a varias de las calles del centro de la ciudad.<sup>125</sup>

Evocación que repetidamente hiciera el propio Obregón al recibir las cartas credenciales de los enviados especiales de los países latinoamericanos. Al contestar al embajador de Uruguay, recordó la solidaridad latinoamericana y señaló que “del Bravo hasta el extremo austral de América, todos somos unos en la común aspiración y en la identidad de la raza”, mientras que al dar respuesta al embajador peruano recordó que ambas naciones habían sido los emporios coloniales de donde había irradiado la nueva civilización que sustituiría a las aborígenes, por lo que no sólo tenían un origen y una raza en común sino una historia semejante que los identificaba en el presente y los hacía enfrentar el porvenir tomados de la mano.<sup>126</sup> En su contestación al ministro de Bolivia recordó la feliz y trascendental coincidencia de celebrar los pueblos hispanoamericanos su nacimiento a la vida libre llevados de los mismos sentimientos fraternales y unidos por el anhelo de prosperidad para sus respectivas repúblicas que reconocían “un mismo origen en la historia” y adivinaban una misma misión futura en el desarrollo de la civilización.<sup>127</sup> Las respuestas que el presidente dio a los visitantes centroamericanos hicieron hincapié en una historia especialmente compartida de manera muy cercana. Al contestar al enviado nicaragüense, señaló que el de la libertad era un mismo capítulo en las historias de México y de Centroamérica y que los héroes de ambas se ayudaron e identificaron en la tarea emancipadora, además de que sus pueblos estaban unidos por identidad de raza y por antecedentes históricos. Antecedentes que en el caso de la respuesta al enviado de Honduras remontó al pasado prehispánico y a la época de la conquista, al tiempo que al contestar al de Guatemala precisó que las rudas epopeyas indígenas de ambos países estaban hermanadas, lo mismo que las independentistas y la propia vida nacional, por lo que también lo estaba su

futuro.<sup>128</sup> Finalmente, en su respuesta al enviado de Costa Rica, recordó lo que calificó de estrecho y santo vínculo que constituía la identificación de sus civilizaciones primitivas, a lo que añadió que la consumación de la independencia de México y de Centroamérica había sido un hecho simultáneo.<sup>129</sup> Por su parte, en la sesión que en homenaje de las delegaciones extranjeras y del cuerpo diplomático se celebró en la Cámara de Diputados el 6 de octubre, el presidente del Senado de la República, Alfonso Cravioto, fue más lejos al señalar que México aguardaba la formación de "la enorme Patria Continental en la que todos soñamos y creemos", de esa patria hispanoamericana que haría realidad el sueño de Bolívar.<sup>130</sup>

### **Del pasado prehispánico**

En cuanto a la historia mexicana, el pasado prehispánico se hizo sentir con mayor fuerza que en las celebraciones de 1910, siendo Teotihuacán de nueva cuenta escenario de una de las actividades del programa oficial, en esta ocasión para visitar el 14 de septiembre La Ciudadela recién descubierta, visita que al día siguiente fue abierta a todo aquel que deseara asistir, para lo cual se ofreció transporte a precios reducidos.<sup>131</sup> Invitadas por la Secretaría de Agricultura y Fomento y conducidas en un tren oficial, asistieron cosa de 700 personas, entre miembros del cuerpo diplomático, delegaciones de los países invitados, diputados, periodistas, funcionarios, etc., y el viaje fue amenizado por la Orquesta Típica del Centenario, fundada precisamente para amenizar las celebraciones, cuyos integrantes, vestidos de chinas y de charros, "pusieron una nota de color y de nacionalismo en la fiesta," según dio cuenta el periódico *Excélsior*, el cual también registró detalladamente los importantes descubrimientos arqueológicos realizados con el apoyo del Gobierno Federal por Manuel Gamio en el breve plazo de cuatro meses. Asimismo dio cuenta del recorrido que los visitantes realizaron por los diversos espacios de la zona

arqueológica y del banquete celebrado en las grutas, cuyo menú se compuso de platillos nacionales. Correspondió al general Antonio I. Villarreal, secretario de Agricultura y Fomento, ofrecer un brindis, y en él se refirió a la maravillosa civilización teotihuacana, al más fascinante de los descubrimientos arqueológicos que era la pirámide de Quetzalcóatl y al misterio que envolvía los prodigios que ofrecía la antigua ciudad, amén de señalar que el gobierno de Obregón no sólo había consagrado sus energías a la reconstrucción nacional sino a estimular las obras culturales, por lo que se proponía proseguir con los trabajos arqueológicos “hasta convertir definitivamente a esta antigua Roma de las razas aborígenes de México en la ciudad arqueológica más interesante del mundo.”<sup>132</sup> Y para tan especial ocasión, la propia Secretaría de Agricultura y Fomento imprimió la *Guía* que para visitar Teotihuacán preparara Manuel Gamio.<sup>133</sup>

Por otra parte, la obra, bellamente editada, de Hermann Beyer sobre el Calendario Azteca y otros monumentos prehispánicos con que la colonia alemana en México conmemoró el Centenario, fue entregada al secretario de Relaciones Exteriores, Alberto J. Pani, en un *lunch* celebrado en el Parque Lira.<sup>134</sup> Apareció también el *Album de Colecciones Arqueológicas* preparado por Franz Boas, impreso por el Museo Nacional, que asimismo dio a la luz la obra de Enrique Juan Palacios sobre Quetzalcóatl y Teotihuacán, mientras que la Secretaría de Educación publicó la de Ramón Mena y Nicolás Rangel sobre Churubusco.<sup>135</sup> Por último, en el festival organizado por el Colegio Mexicano, del que eran alumnos los hijos de Obregón, celebrado el 14 de septiembre en el teatro Esperanza Iris con la presencia del presidente, uno de los números fue la representación de la peregrinación de los aztecas por niños del “kindergarten”.<sup>136</sup>

### **De la dominación española**

España y la dominación española hicieron igualmente acto de presencia. En el discurso con que contestara la presentación del embajador especial de España, Obregón señaló que en la vida de las naciones y en la de los hombres llega la edad del libre albedrío, pero una vez adquirido éste y restañadas las heridas, “el pueblo emancipado, al sentirse joven, fuerte y libre, vuelca los ojos con amor hacia aquel con el cual formó antaño una sola patria política.” Y si bien nuevas nacionalidades habían surgido de la que antes había sido una sola, tanto españoles como mexicanos creían en una gran patria integrada por todos los pueblos de habla española “porque el siglo que ha transcurrido desde la Independencia ha agregado, a los vínculos de igualdad espiritual que se cifran en el idioma, en las costumbres y en la raza, los lazos más fuertes aun que resultan de haberse trocado las relaciones de subordinación política en una perfecta identidad de anhelos.” La grandeza de España, señaló el presidente, se había originado en el amor a la independencia y a la libertad, virtudes que heredó a sus hijos y que los llevaban a aspirar a realizar los grandes destinos de la raza común. Y terminaba dándole la bienvenida “a esta tierra que no es sino una prolongación de la vuestra, y estad seguro de que en este Centenario México cree renovar sobre bases aún más íntimas de identificación, su admiración y su afecto por la hidalga nación española.”<sup>137</sup>

Poco después, el 21 de septiembre, el presidente del Ayuntamiento capitalino, Herminio Pérez Abreu, y el embajador español, Diego de Saavedra Magdalena, inauguraron el Parque España, ceremonia en la cual se colocó la primera piedra de un monumento a Isabel la Católica y que contó con la presencia de Obregón. Las banderas de ambos países cubrían el rótulo de la inauguración, y al ser recorridas provocaron el estruendoso aplauso de la concurrencia, a lo que siguió la Marcha Real y el discurso de Pérez Abreu. Además de señalar que el monumento era



una ofrenda de amor y gratitud que el alma española y el alma mexicana dedicaban a la memoria de tan ilustre reina, el orador precisó que la primera piedra del monumento espiritual estaba colocada hacía tiempo. Ahora la Ciudad de México colocaba la primera piedra material, orgullosa de rendirle el homenaje de sus respetos. Y después de evocar su imagen, que calificaba de luminosa, y dar cuenta detallada de su apoyo a la empresa colombina, acontecimiento de los más notables y fecundos de la historia que abrió al mundo nuevos horizontes y nuevos derroteros a la humanidad, recordaba las benéficas herencias recibidas de España y la defensa que de los indios hiciera doña Isabel, “protectora de la raza hispanoamericana, que hoy se extiende desde las riberas del Bravo hasta los mares australes de la Tierra del Fuego.” Por ello, la Ciudad de México, a quien denominó la Señora de Anáhuac, abiertos los ojos a la luz de la justicia y de la historia, le tendía sus manos y, “en la hermosa lengua castellana, aprendida y amada en una amplia jornada de cuatro siglos”, la llamaba para que contemplara su inmensa obra de una sola nacionalidad que la veneraba, formada de los hijos de los conquistadores y de los indios, nueva raza que Isabel había soñado y querido libre y que la proclamaba su protectora por haber sido la providencia de los indios y la creador espiritual de diversas nacionalidades. Y pedía al embajador español informar al rey y al pueblo de su país del gran honor y satisfacción que sentía el Ayuntamiento por el acto dedicado a “una reina que si lo fue de España lo será eternamente de los países que a su genio extraordinario deben la civilización.”<sup>138</sup> Discurso, me parece, que no hubiera desentonado, ni mínimamente, de haber sido pronunciado en el Centenario de 1910. Es más, no sólo es muy semejante sino que excede en elogios al que el antecesor de Pérez Abreu, Fernando Pimentel y Fagoaga, pronunciara en honor de doña Isabel en la ceremonia en que se puso su nombre a varias calles de la capital en agosto de aquel año.

No sólo esto. Al inaugurarse el edificio del Archivo Municipal capitalino, el presidente del Ayuntamiento obsequió ejemplares del primer tomo de su catálogo General, de la *Iconografía de los gobernantes de la Nueva España* y del Cedulaario Real.<sup>139</sup> Además, Francisco Gamoneda, a cargo del Archivo, organizó una serie de conferencias sobre arte y cultura coloniales que tuvo lugar en el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria y que Pérez Abreu inaugurara el 13 de septiembre con un discurso en que explicó que el Ayuntamiento deseaba recordar cómo se había formado el arte criollo, resultado de la civilización hispana y de la azteca, y mostró su entusiasmo por las expresiones del arte colonial, discurso que fue muy aplaudido.<sup>140</sup> Las conferencias contaron con distinguido y numeroso público, compuesto de diplomáticos, funcionarios, intelectuales, artistas y estudiantes.<sup>141</sup> El periódico *Excélsior* dejó registro de la de Manuel Romero de Terreros, disertación amena e instructiva que concluyó señalando que “la Nueva España, desde el punto de vista artístico, tenía un carácter y una belleza no igualados en toda la América”.<sup>142</sup> Por su parte, Díaz y de Ovando registra la impartida por Gamoneda, en la que el conferencista se propuso vindicar las acciones de España en América y demostrar que a la Nueva España llegaron, amén de guerreros y comerciantes, “hombres de cultura superior, literatos y hombres de ciencia”, lo que explicaba su florecimiento cultural. Además de hablar de la pintura y la literatura españolas, se ocupó del desarrollo de la imprenta en la Nueva España, y terminó con una apología de la raza “y con bellos conceptos en pro de la solidaridad hispanoamericana,” habiendo recibido muchas felicitaciones por su erudición al tratar un tema calificado de escabroso.<sup>143</sup>

## **Del proceso de la independencia**

Pero el eje sobre el cual giraron las celebraciones fue, desde luego, el proceso emancipador. Si bien lo que se conmemoraba en 1921 era su consumación, en los festejos estuvo muy presente la insurgencia, en particular sus principales dirigentes. Y aquí debo señalar que entre las propuestas iniciales de la Comisión, según declarara en una entrevista su presidente, se encuentra la de crear una obra de “gran significación histórica”: el Panteón de los Héroes de la Independencia, cuya primera piedra se colocaría durante los festejos y que sería una obra monumental en la que se gastaría un millón de pesos.<sup>144</sup> Obregón, por su parte, hizo elogiosas referencias, todas ellas muy breves, al proceso independentista en prácticamente todas sus contestaciones a los enviados especiales de los países invitados, reconociendo que se celebraba, como señaló en su respuesta al embajador de Brasil, la fecha más importante de la existencia política del país.<sup>145</sup> Además, varias instancias gubernamentales se interesaron en reeditar algunas de las fuentes principales para la historia de la emancipación, las que vieron la luz en 1922, como la *Historia*, de Servando Teresa de Mier, impresa en dos tomos por la Cámara de Diputados, o el primer volumen de los *Principios críticos*, de Rivera y Sanromán, reeditado por la Secretaría de Educación Pública.<sup>146</sup>

Como en el Centenario de 1910, se recordaron los sucesos de 1808 y se rindió homenaje a Verdad y a Azcárate. Al inaugurarse el 21 de septiembre el Departamento de Archivo, Biblioteca y Museo del Ayuntamiento, Pérez Abreu, como su presidente, además de descubrir una placa conmemorativa y señalar la importancia que dicho acervo tenía para quien se interesara en la historia de la ciudad, que concentraba la del desenvolvimiento y progreso del país, expresó su orgullo por haberse realizado esta obra, “porque al recoger, clasificar y conservar todos los hechos del pasado, se está justificando por sí solo el presente, y se está preparando con la más alta enseñanza histórica, el glorioso advenimiento de un porvenir lleno de progresos y libertades.” Y a continuación descubrió en la Sala de Cabildos una lápida en

memoria de Verdad y de Azcárate, a los que calificó de regidores insurgentes y de “gloriosos precursores de nuestra emancipación política y mártires excelsos de su avanzado credo independiente”, cuyos nombres recordarían a quienes ostentaban orgullosos la soberanía mexicana que ésta “fue forjada a golpe de corazón y a precio de su noble sangre por los protomártires de nuestra Independencia y creadores insignes de nuestra amada nacionalidad.” A esta ceremonia asistieron los secretarios de Agricultura y Fomento y de Industria y Comercio, los ministros de España y de China, al igual que lo más selecto de la colonia española y muchas otras personas.<sup>147</sup>

El Ayuntamiento conmemoró también a un personaje poco conocido aunque su nombre se encuentre registrado en la Columna de la Independencia, al licenciado Antonio Ferrer, quien en 1811 fuera ejecutado por participar en una conspiración organizada en la Ciudad de México para apoyar a Ignacio Rayón y a la Suprema Junta Nacional Americana. La solemne ceremonia, presidida por Pérez Abreu, tuvo lugar el 17 de septiembre en la Plaza de Mixcalco, donde fuera ahorcado Ferrer y donde se colocó la correspondiente placa alusiva.<sup>148</sup> Otra ceremonia organizada por el Ayuntamiento, propuesta por su regidor el licenciado Guillermo Schulz, fue poner el nombre de Hidalgo y de Allende a dos de las principales calles de la ciudad, la cual tuvo lugar el 12 de septiembre. Se trataba, como señaló Schulz, de “una rectificación histórica ampliamente justificada y noble respecto de héroes indiscutibles como Hidalgo y Allende”.<sup>149</sup>

Por su parte, el 22 de septiembre el periódico *Excélsior* llevó a cabo un homenaje a los periodistas insurgentes, el cual contó con la sanción oficial y fue presidido por el alcalde capitalino, al que asistieron una comisión de la Cámara de Diputados y numeroso público. El acto se celebró en cuatro diferentes espacios con la participación de tres miembros de la

Academia Mexicana de la Historia. Así, en el patio de la Escuela Nacional de Medicina, se honró al padre Mier, cuyo panegírico corrió a cargo del diputado Miguel Martínez Rendón, y a continuación se colocó una placa en la iglesia de Santo Domingo. De ahí se trasladaron a la de San Diego, donde el señor Herrerías, del *Excélsior*, leyó el discurso en honor de Carlos María de Bustamante que preparara Nicolás Rangel, quien se hallaba enfermo, y en el atrio de la iglesia se colocó la lápida correspondiente. Se pasó entonces a la casa donde falleciera Joaquín Fernández de Lizardi, en la calle de San Salvador, donde tocó a Alberto María Carreño honrar su memoria. Por último, se pasó a la casa donde muriera Quintana Roo, en la calle de Capuchinas, en cuyo patio Ignacio B. del Castillo, quien además de académico era redactor de *Excélsior*, pronunció el discurso respectivo, en el que, como era de esperarse, hizo mención de “sus trascendentales amores” con doña Leona.<sup>150</sup> Cabe destacar que el periódico promotor de este homenaje lo hizo movido, desde luego, por honrarlos como insurgentes pero, sobre todo, como periodistas. El desarrollo de esta profesión a lo largo de un siglo de vida independiente fue uno de sus intereses, como lo muestra la exposición que de los periódicos mexicanos durante esa centuria se encargara de organizar y que se inaugurara en la Biblioteca Nacional el 13 de septiembre.<sup>151</sup>

Por otra parte, y como ocurriera en 1910, el 30 de julio se conmemoró en Catedral el aniversario del fusilamiento de Hidalgo, homenaje organizado por la Agrupación Nacional Patriótica de Festejos Populares en la Ciudad de México y Distrito Federal y al que fueron invitados a participar tanto individuos como corporaciones.<sup>152</sup> Pero la ceremonia más importante dedicada a los héroes de la independencia --de hecho lo fue a los principales caudillos insurgentes-- tuvo lugar el 16 de septiembre, y fue una procesión que mucho recuerda a la Gran Procesión Cívica del 14 de septiembre de 1910. Sin embargo, a diferencia de aquella, en ésta sí

participó activamente el presidente, quien acompañado de su Estado Mayor, su gabinete, el cuerpo diplomático, los delegados especiales y altos funcionarios, amén de numeroso pueblo, salió de Palacio para dirigirse a Catedral, donde depositó una corona de plata con hojas de laurel sobre la urna que, colocada en las puertas del templo, guardaba los restos de los héroes.<sup>153</sup> Acto, según registra Gustavo Casasola, que “revistió una marcada solemnidad.”<sup>154</sup>

El consenso mostrado en cuanto a los insurgentes y a su papel en el proceso emancipador no se dio con relación a Iturbide durante las fiestas que, organizadas por diversas instancias, conmemoraron el Centenario de la consumación de la independencia. Según Lemperière, las autoridades no deseaban realmente celebrar a Iturbide sino el recuerdo de los primeros insurgentes, por lo que se valoró el papel de Guerrero en la consumación de la independencia, anunciándose así una nueva memoria política que se valía “de figuras históricas a las que podía asociar un discurso social y cuyo origen mestizo, cuando no indígena, podía subrayar.”<sup>155</sup>

De hecho, la figura de Iturbide fue tanto rescatada como cuestionada y atacada en diversos momentos de las celebraciones. El licenciado Antonio Ramos Pedrueza, autor de la obra *Rusia Soviet y México revolucionario. Vicente Guerrero precursor del Socialismo*, que por entonces se imprimiera en los Talleres Gráficos de la Nación, impartió una conferencia sobre el Plan de Iguala en el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria el 13 de agosto de 1921.<sup>156</sup> Ante la presencia de Obregón, destacó la importancia de la historia para la educación, precisó que la fecha que se conmemoraba era una de las épocas de la historia de México que había sido deformada por las pasiones políticas y descuidada en cuanto a su estudio, y rescató la figura de Iturbide al reconocer su habilidad como militar y su capacidad para lograr el consenso, cuya obra calificó de gloriosa, señalando que el Plan de Iguala, debido a su personal inspiración, era la causa determinante e inmediata de la consumación de la independencia; así, lo calificó de “el

libertador de México”.<sup>157</sup> El reconocimiento de Ramos Pedrueza a la obra de Iturbide motivó que el rector de la Universidad Nacional, José Vasconcelos, ordenara su cese como profesor de la Escuela Nacional de Jurisprudencia; en el oficio que envió a la dirección de dicha Escuela, el rector sostuvo que Iturbide era una de las figuras más dudosas de la historia mexicana y que había sido “el autor del primer cuartelazo que registra ‘nuestra tediosa historia cuartelaria’”. Todo este asunto dio lugar a una interesante controversia en la que intervinieron, entre otros, Francisco Bulnes y Querido Moheno.<sup>158</sup>

Cosa de un mes después, el 11 de septiembre, el profesor José M. Bonillas, el estudiante Santiago Serrano y el líder Luis N. Morones impartieron sendas conferencias organizadas por la Federación de Sindicatos del Distrito Federal y la Juventud Estudiantil Revolucionaria, agrupaciones que se habían propuesto discutir los hechos históricos y “aclarar las mentiras establecidas por la costumbre y alimentadas por ese amor intenso a la Patria que está en todos arraigado.” Ante un auditorio compuesto mayoritariamente por trabajadores, Bonillas dio cuenta de los acontecimientos ocurridos en 1821, mientras que Serrano sostuvo que Iturbide no podía ser considerado como héroe de la independencia ni a la altura de Hidalgo, Morelos y Matamoros. Morones, a su vez, comentó con detenimiento “sus lacras, traiciones continuas y miserias.”<sup>159</sup>

De mucho mayor gravedad y trascendencia resultó lo ocurrido en la Cámara de Diputados, donde el 24 de septiembre Antonio Díaz Soto y Gama propuso se retirara el nombre de Iturbide de la lista de honor y se sustituyera por el de Belisario Domínguez, iniciativa apoyada por Octavio Paz y otros diputados y que, aceptada después de largas discusiones, se llevó a cabo el 7 de octubre siguiente. Según la crónica de Ignacio B. del Castillo en *Excélsior*, “La mayor suma de impropiedades que pueda concebirse, dirige en este escrito [la iniciativa] el ultrajador de nuestra Bandera al consumidor de la Independencia, y luego se ocupa en narrar todas las fases

de la campaña de Iturbide contra los insurgentes de la primera época, para concluir de ahí que no merece figurar entre los grandes hombres de la Patria.” Ataque que Díaz Soto y Gama reiteró en un exaltado discurso, en el que señaló, además, que Hidalgo y Morelos habían sido los precursores de la revolución agrarista. Por su parte, el diputado Olivier, quien se opuso a la iniciativa, emitió una interesante opinión al precisar la incongruencia de festejar lo ocurrido el 27 de septiembre al tiempo que se atacaba a su realizador y señalar, con toda atingencia, que la Cámara no era “el órgano indicado para establecer un criterio histórico.”<sup>160</sup>

Iturbide fue también atacado por el ingeniero Federico Cervantes, egresado del Colegio Militar, quien fuera el orador oficial en la fiesta que la Asociación de este Colegio llevara a cabo en el Teatro Iris con la presencia de Obregón a principios de septiembre. Cervantes disertó sobre la independencia y encomió la decisión de Hidalgo, el valor de Morelos y el patriotismo de Guerrero, a quien el pueblo mexicano debía gratitud y veneración, precisando que la intervención de Iturbide en la consumación de la independencia había sido hija de la traición y señalando que había sido guiado por la ambición y cometido grandes crueldades con los insurgentes. De esta manera, “La figura de Guerrero ante el criterio nacional, es la del patriota, la del amigo del pueblo, mientras que la de Iturbide es la representación del clericalismo.”<sup>161</sup>

Bien distinta resultó la postura asumida por la Iglesia Católica, que había decidido celebrar también el Centenario de la consumación de la independencia y que aquí interesara contrastarla con las anteriores. En la carta pastoral que poco antes emitiera el Episcopado mexicano, además de lamentarse de la exclusión que de Dios se había hecho en el Centenario de 1910 y de recordar las desgracias que a partir de entonces habían afectado al país, se daba cuenta de aquel acontecimiento histórico, al que calificaba de gloriosa y santa empresa. Por ello, era justo que el pueblo mexicano festejara cristianamente tan fausto centenario, reconociendo sus



yerros, recordando sus deberes y mostrándose digno del héroe que le había dado vida a la nación independiente. La carta pastoral, que no hacía referencia alguna a Guerrero, recordaba que en ese mismo año de 1921 se celebraba el cuarto centenario de la toma de México-Tenochtitlan por Cortés; también recordaba que la conquista había dado lugar al principio de una nueva nacionalidad y que la evangelización había sido la única fuente civilizadora. Después de alabar a la Guadalupana, resaltaba la vigencia de Iturbide: “Nuestro libertador nos recuerda los principios únicos que labrarán la verdadera prosperidad nacional: nuestra religión, nuestra unión, nuestra independencia, principios de los cuales se deducen los deberes sacratísimos que tenemos para con la Patria.” Y para agradecer a Dios cien años de vida nacional, obtener su gracia para volver a esos principios salvadores y desagraviarlo por los que denominaba pecados nacionales, se debía mostrar agradecimiento a quien nos había dado patria. Así, se ordenaba que en las catedrales y parroquias se celebrara el 13 de agosto, inicio de la evangelización, o el domingo siguiente, una misa *Progratiarum Actione* con *Te Deum* al terminarla. Lo mismo se haría el 27 de septiembre, amén de un solemne rosario vespertino que debía terminar con el *Magnificat* en honor de la Virgen de Guadalupe, recomendándose a los párrocos celebrar dicho centenario con alguna función literaria “encaminando los discursos y poesías a confirmar cuanto en esta pastoral hemos asentado.”<sup>162</sup> Además, los Caballeros de Colón organizaron en La Profesa, lugar de reunión de Matías de Monteagudo y demás conjurados de cien años antes, un solemnísimos *Te Deum* que se celebró el propio 27 de septiembre, e igual ceremonia tuvo lugar en Catedral ese mismo día con la presencia del doctor José María Mora y del Río, arzobispo de México.<sup>163</sup>

Por su parte, el régimen obregonista no rindió un homenaje específico a Iturbide, si bien el presidente apoyó la propuesta del Ayuntamiento de Iguala de erigir un monumento para conmemorar la consumación de la independencia y la bandera nacional, siendo la Universidad

Nacional, a través de la Dirección de la Academia Nacional de Bellas Artes, la encargada de convocar a un concurso y de establecer las bases del mismo, el que fue ganado por el proyecto de Juan Cordero, que representaba el abrazo de Acatempan.<sup>164</sup> Rindió, además, homenaje a la bandera del Ejército Trigarante en la gigantesca ceremonia --más de 20 000 personas según *El Demócrata*-- celebrada el 16 de septiembre en el Hipódromo de la Condesa, en la cual el presidente abanderó varios batallones de infantería y estuvo acompañado de su gabinete, del cuerpo diplomático y de las delegaciones extranjeras. El orador oficial fue el general Jesús M. Garza, jefe de la guarnición de la plaza y de las operaciones militares en el Valle de México, quien atinadamente señaló en su discurso que los honores que en la ceremonia se harían a la bandera de las Tres Garantías serían criticados por elementos tanto reaccionarios como revolucionarios, pero “Los que formamos el ejército actual, a pesar de nuestro radicalismo, no sentimos rencores por el pasado; por el contrario, simpatizamos con los Padres de la Patria.” Y terminó señalando que la bandera, a la que calificó de sacrosanta, era el emblema de México por la que debían luchar.<sup>165</sup> A lo anterior se unió que el desfile militar, que tradicionalmente se llevaba a cabo el día 16, el año del Centenario de la consumación de la independencia se efectuó el 27 de septiembre. Su organización corrió a cargo del general Garza, quien decidió que las tropas que en él participarían no sólo lo hicieran en igual número que las comandadas por Iturbide sino que siguieran la misma ruta.<sup>166</sup>

Hubo otra gran ceremonia en honor de la bandera, a la que también asistió Obregón, la apoteosis organizada por *Excelsior* en el teatro Iris el 27 de septiembre, día escogido, según el propio periódico, por cumplirse un siglo de haber quedado rotos los lazos políticos con España al entrar en la capital el Ejército de las Tres Garantías. Y añadía: “En este día memorable, la nueva nación sintiéndose fuerte y capacitada para vivir una vida independiente, deshizo los vínculos

políticos que había impuesto Hernán Cortés desde el 13 de agosto tres siglos antes. La obra del conquistador perdurará, pues los vínculos de raza, de idioma y de religión no era posible destruirlos, pero la nueva nacionalidad surgía a la vida autónoma y autóctona de los pueblos.” En la apoteosis estuvieron presentes las banderas históricas, llevadas al Teatro por supervivientes de guerras pasadas y escoltadas por militares que designó la Secretaría de Guerra, recordando el *Excélsior* que todas ellas habían visto caer a millares de mexicanos y presenciado los actos heroicos de destacados personajes de la historia de México --entre los que mencionó a Díaz--, y su presencia invocaría “los espíritus de los muertos gloriosos en el glorioso día en que México formó un pueblo libre.” Correspondió a Ignacio B. del Castillo exponer cómo México había adoptado la bandera tricolor, mientras que el discurso oficial estuvo a cargo de Ezequiel Padilla. Se cantó el Himno del Centenario y Obregón hizo entrega de los premios correspondientes a los concursos convocados por el periódico, como fueron el del propio Himno y el relativo a la figura de Iturbide.<sup>167</sup> Por último, el Museo Nacional publicó dos obras sobre Iturbide, la de Manuel Romero de Terreros y la de Rafael Heliodoro Valle, esta última aparecida ya en 1922.<sup>168</sup>

Si bien fue Iturbide el personaje que, para bien o para mal de su figura, atrajo el mayor interés, Guerrero fue también recordado el propio 27 de septiembre en una manifestación que del Hemiciclo a Juárez se dirigió a la Columna de la Independencia y a la que asistió una enorme muchedumbre, en su mayoría obreros de diversos gremios y asociaciones, entre ellas la Sociedad de los Hijos de Guerrero. Asimismo lo fue en la ceremonia que debía llevarse a cabo en el Ángel: una “Ofrenda floral a la memoria del soldado insurgente y del invicto generalísimo Vicente Guerrero”. En ella, a los acordes del Himno Nacional, Obregón fue el primero en depositar una corona de laurel, seguida de una gran cantidad de ofrendas florales provenientes de diversas entidades de gobierno, de la Comisión Organizadora de los Festejos, de numerosas

agrupaciones obreras y hasta de la Asociación Nacional de Charros.<sup>169</sup> Ceremonias que para algunos no fueron suficientes, pues pocos días después, el 2 de octubre, frente al Palacio Municipal tuvo lugar una manifestación en contra del Comité Ejecutivo en la que participaron cosa de 500 personas encabezadas por algunos sindicatos obreros y que llevaban una gran manta y varios carteles en los que se leía: “Protestamos contra el Comité de Festejos del Centenario, por no haber honrado, como se debía, la memoria del general Vicente Guerrero durante las fiestas patrias”, las que recorrieron algunas calles del centro de la ciudad.<sup>170</sup>

### **De los Niños Héroes**

Por su parte, los Niños Héroes fueron de nueva cuenta honrados en Chapultepec, esta vez el 13 de septiembre, aniversario de su heroica gesta. A la ceremonia, organizada por la Asociación de Hijos del Colegio Militar, asistió Obregón, y en ella se colocó una ofrenda floral en el monumento a ellos dedicado.<sup>171</sup> El discurso estuvo a cargo del general Víctor Hernández Covarrubias, quien había formado parte del Ejército Federal y presidía dicha Asociación, y en él recordó “el cuadro legendario” que se conmemoraba e hizo la historia de la invasión estadounidense.<sup>172</sup>

### **De la Revolución de 1910**

En 1921 no fueron recordados oficialmente ni la Reforma ni Juárez, tan exaltados en el Centenario anterior, a los cuales no se dedicó ningún festejo específico. Tampoco lo tuvo la Revolución de 1910. No obstante, y como no podía ser de otro modo, la presencia de esta última se hizo sentir con fuerza en varios de los discursos. Al dar Obregón respuesta al enviado venezolano, retomó la observación que éste hiciera relativa a las coincidencias que se daban en la

historia mexicana entre 1910 y 1921, y 1810 y 1821, periodos que calificó de vigorosos paréntesis de lucha, y señaló “A la distancia de un siglo, la epopeya insurgente que nos dió independencia, hubo de renovarse para infundirnos la conciencia de nuestra propia libertad en la realización de la Democracia.”<sup>173</sup> Señalamiento que retomó en su contestación al embajador de Colombia, al precisar que se festejaba una fecha heroica apenas pasado el tiempo en que el país, “renovando el heroísmo de sus antepasados, luchó por la conquista de la democracia para gozar dentro de ella del gran legado de libertad que recibió de manos de los próceres que por conquistarla combatieron de 1810 a 1821.”<sup>174</sup> El pueblo mexicano iniciaba así una nueva y fecunda era, como señaló el presidente en su respuesta al embajador panameño.<sup>175</sup> Y lo reiteró al contestar el discurso que el embajador de Brasil le dirigiera en nombre de todos los enviados especiales, añadiendo que había pasado ya un siglo de historia mexicana, periodo lleno de vicisitudes, tropiezos y luchas que revelaban tanto su fuerza vital como su fe y su esperanza en su propio destino, las que habían llevado a que México se mantuviera libre y soberano y buscara tener un gobierno estable que defendiera las libertades y los derechos nacionales. La tranquilidad de que entonces gozaba, sólo alcanzable por la paz y el trabajo, era una clara muestra de que su gobierno había realizado el “anhelo que a través de nuestra reciente lucha civil constituyó la esperanza salvadora de los buenos patriotas mexicanos: congregar en el Poder todas las energías útiles, todas las inteligencias bien dispuestas, todas las potencialidades de esfuerzo valerosamente encaminadas a la reconstrucción y engrandecimiento de la Patria.”<sup>176</sup>

No sólo el presidente de la República se refirió a la Revolución de 1910. En la sesión que en honor de las delegaciones visitantes y del cuerpo diplomático se celebró en la Cámara de Diputados el 6 de octubre, el diputado Zincúnegui, presidente del Congreso, la calificó de lucha reivindicadora y justiciera, mientras que el senador Cravioto, presidente del Senado, si bien

reconoció que la Revolución había vertido sangre y prodigado estragos, precisó que con ella se habían logrado la libertad, la justicia y la paz, a lo que añadió que había sido "más que un supremo derecho un incontenible deber ... una idea redentora en marcha" que los llevaba a "una era de trabajo fecundo, de educación generalizada, de justicia social y de igualdad fraterna".<sup>177</sup> Por su parte, en la ceremonia de entrega de la bandera a diversos cuerpos militares, el general Garza se refirió a la historia del ejército revolucionario, iniciado en 1910 con el "Apóstol Madero" para luchar contra la usurpación "huertiana" y que parecía estar ya definitivamente consolidado, y recordó a los numerosos revolucionarios que habían sucumbido defendiendo la libertad del pueblo, de cuyas heroicas acciones dio cuenta.<sup>178</sup> Temática que asimismo abordó el secretario de Guerra y Marina, el general Enrique Estrada, en el discurso que pronunciara en la comida brindada al Ejército por el presidente, al señalar que aquél se había formado de ciudadanos que supieron defender las libertades públicas, haciendo igualmente un reconocimiento al Ejército Nacional que en otros tiempos también había sabido defender la integridad de México, recordando acciones como la batalla del 5 de mayo o la de Chapultepec.<sup>179</sup>

En cuanto al lugar que en la historia mexicana y de cara al futuro debía ocupar el régimen obregonista, encontramos varias referencias. En su respuesta al embajador de Argentina, el presidente recalcó que se tenía firme confianza en el porvenir, y que su gobierno se había impuesto tanto una misión reestructora en cuanto a su política interior como una norma de cordialidad y de justicia en lo que se refería a sus relaciones internacionales, misión reestructora en la que insistió al responder al enviado salvadoreño.<sup>180</sup> Al dar contestación al embajador de Chile, Obregón señaló que el momento que se vivía era trascendental para la República Mexicana, pues, al tiempo que se celebraba el Centenario "se abre una era de paz y de orden, dentro de las normas democráticas tan cruentamente logradas, y México alimenta la firme

esperanza de continuar su marcha ascendente hacia los altos destinos que todos sus hijos esperan”, mientras que en su respuesta al enviado de Guatemala precisó que el país iniciaba “una esplendorosa era de paz dentro de la Libertad y la Justicia”.<sup>181</sup> Y en su discurso de despedida a las misiones especiales extranjeras, pidió a éstas transmitieran a sus pueblos y a sus gobiernos un mensaje sobre lo que México pensaba y los propósitos que lo animaban. Señaló, entre otras cosas, que la humanidad asistía “al derrumbamiento de un pasado caduco construido por tiranías sobre base de fanatismo y prejuicios” y surgía a una nueva vida orientada por la más amarga de las experiencias que había sido la guerra europea. En esta nueva vida, “en el proceso de transición del viejo estado al estado nuevo, México será uno de los países que menos habrán de sufrir, porque la lucha de que ahora sale airoso trae, justamente, como una de sus principales finalidades, libertarlo de arcaicos prejuicios y darle una posición avanzada, propia a una mayor armonía y a una mayor equidad sociales.”<sup>182</sup>

Por su parte, en la sesión que en honor de los enviados especiales y del cuerpo diplomático se llevó a cabo en la Cámara de Diputados, Zíncúnegui precisó que había llegado ya “una nueva era de positivo desenvolvimiento y grandeza”, y el país se ocupaba de elaborar “su paz orgánica”, pues tenía ya los factores indispensables para hacerlo: “la armonía política, la independencia económica y la justicia social”.<sup>183</sup> Y en esa misma sesión el senador Cravioto se refirió a que, “ahora que somos ya un país y no un feudo, ahora que constituimos un pueblo y no un rebaño, ahora que lejanas nuestras contiendas todos los mexicanos nos confundimos en un inmenso anhelo de paz y en un intenso amor para la gran patria común”, se anunciaba ya una nueva aurora, un nuevo porvenir fecundo.<sup>184</sup>

## Del Centenario de 1921

El modelo para los festejos de 1921, como señala entre otros Lemperière, fue el Centenario de 1910, si bien se trató de una contracelebración, animada de un espíritu completamente nuevo; hubo, así, un cambio en la sensibilidad histórica, y el discurso oficial de esta contracelebración “subrayó su caracteres de ‘nacional’ y ‘popular’, en oposición al de las festividades de 1910.”<sup>185</sup>

A lo que podría añadirse que estos caracteres, que en su momento también invocó como suyos la celebración de 1910, tenían ya un significado distinto. El carácter de nacional que pretendió alcanzar el primer Centenario era referido, fundamentalmente, a que la celebración debía efectuarse en todo el territorio mexicano y de cara al exterior, pues lo que se buscaba era proyectar la imagen de una nación moderna, la del México porfirista, que ocupaba ya el lugar que le correspondía en el concierto de las naciones. Mientras que el carácter de popular obedeció a que los festejos debían hacerse con la participación, si bien de manera sectorial y jerárquica, de todos los grupos, las clases o los gremios sociales. En 1921, el carácter de nacional tuvo un referente bien distinto, el de una recuperación de la cultura y de los valores propios y únicos de México, el referente de “lo mexicano”, como señala Henry C. Schmidt,<sup>186</sup> al tiempo que el carácter de popular respondió a la intención de que los festejos estuvieran fundamentalmente dirigidos a los sectores populares y no a las élites. Las diferencias entre ambos centenarios fueron percibidas, entre otros, por el periódico *Excelsior*, el cual señaló que el de 1910 había sido aristocrático y culto, mientras que el de 1921 sería popular:

En 1910 conmemoraron las hazañas del humilde cura Hidalgo con un brillante desfile de embajadores extranjeros, en medio de la fastuosa ‘corte’ porfirista, con rígidas ceremonias oficiales de sabor imperial. Ahora, celebrándose el triunfo del Pan de Iguala, con truculentos entusiasmos democráticos, relieves ‘mexicas’ de



tenampa autóctona y abigarrados colores indígenas, notas de teponaxtle azteca. Melancólicas canciones criollas, danzas precortesianas, discursos y poesías cargadas de retórica altisonante, plegarias ‘del ejido’ como flores de nuestra secta agrarista, cortadas en la propia tumba de Zapata.<sup>187</sup>

Como distinta fue su postura ante la historia. O más bien sus posturas, ya que en 1921, a diferencia de 1910, no se da una visión plenamente estructurada y plenamente asumida del pasado mexicano sino diversas y a veces contradictorias interpretaciones de él. Entre otras cosas, porque para entonces, como señala Lempèriere, “se desconfiaba de la historia y se deseaba movilizar lo menos posible la memoria histórica, por ser demasiado conflictiva.”<sup>188</sup> Así, dar su visión de la “historia oficial” no fue uno de los propósitos del gobierno de Obregón al organizar las celebraciones.

Hasta donde he podido ver, es el brindis de Pani como secretario de Relaciones Exteriores en el día de campo ofrecido a las delegaciones extranjeras en Xochimilco el 22 de septiembre el que nos ofrece la visión histórica más claramente estructurada del régimen obregonista durante el Centenario. De entrada, Pani precisó que el sitio donde se encontraban había sido escogido por ser uno de los lugares más típicos de México y por evocar el pasado prehispánico, y rememoró la difícil y esforzada saga de los mexicas, así como la gesta de la conquista. Explicó que de la superposición de las dos civilizaciones se derivaron los padecimientos de una realidad injusta, la de toda la población gobernada por las aspiraciones de “la insignificante minoría dominadora”, lo que ocurrió no sólo durante la colonia sino durante toda la época independiente, si bien reconoció las actividades de algunos misioneros y gobernantes y la bondad de numerosas leyes, entre las que destacan algunas de la corona española, que por desgracia no influyeron en la precaria situación de la población.<sup>189</sup>

Para Pani, la historia de México era la de una serie de incidentes militares y políticos “provocados por los movimientos naturales de acomodación y reacomodación del organismo nacional, sangrientos y dolorosos, para llegar a las mejores condiciones de la existencia colectiva”, los que habían culminado “en tres convulsiones revolucionarias principales que constituyen los Actos [...] del **Gran Drama de la Independencia Mexicana**”. El primero de estos actos había sido la emancipación política, que entonces se conmemoraba con el concurso, al que calificó de amoroso, de la Madre Patria. La emancipación espiritual constituyó el segundo, el cual presentaba conquistas importantes como la libertad de pensamiento y la separación de la Iglesia y del Estado, pero también complicaciones como la Intervención Francesa y el Imperio. El tercero lo fue la emancipación económica, conformado por la lucha de los desheredados contra los privilegios para alcanzar “una mayor participación popular en el Gobierno y una repartición más equitativa de los bienes nacionales”.<sup>190</sup>Pani encontraba semejanzas entre el primer acto y el tercero, desde la naturaleza de su fuerza impulsora, que actuó de abajo hacia arriba, hasta la cronológica, ciclo de cien años que confirmaba la teoría de los retornos de Vico. También señalaba las diferencias entre el segundo, cuya fuerza propulsora fue de índole intelectual por lo que actuó de arriba hacia abajo y fue dirigido por hombres cultos y bien preparados, y el primero y el tercero, en particular este último, dirigido por hombres inexpertos compadecidos del sufrimiento del pueblo.<sup>191</sup> La Patria fue así construida por el pueblo mexicano mediante el sacrificio que culminó con los tres episodios mencionados, cuyo recuerdo lo llevaba a solicitar que tanto la gratitud nacional como el respeto extranjero se extendiera a todos los héroes y mártires de esas tres epopeyas que conformaban el “Gran Drama de la Independencia Mexicana”, y para citar sólo a quienes representaban los momentos más gloriosos de la historia consignaba “estos tres nombres inmortales: Hidalgo, Juárez y Madero.”<sup>192</sup>

Por otra parte, Pani no sólo explicó sino que legitimó al régimen obregonista, al tiempo que criticó duramente al porfirista, dictadura que se corrompió por su larga duración y que ahondó las divisiones entre ricos y pobres. Aclaraba también que el obregonista no era la prolongación del régimen revolucionario anterior, que compuesto de hombres improvisados no pudo evitar caer en la corrupción, sino justamente la reacción a él, por lo que llegó al poder “mas con la fuerza de la opinión pública que con la de las armas”.<sup>193</sup> Y solicitaba calmaran su impaciencia quienes creían posible organizar y depurar al gobierno en poco tiempo, recordándoles que Obregón trabajaba

en un terreno maravillosamente preparado por la convulsión revolucionaria de emancipación espiritual, que hizo posible, entre nosotros, “la armónica coexistencia de una gran diversidad de credos religiosos y políticos, porque el principio liberal -- que es una de las expresiones más altas del **patriotismo**-- exige el respeto de todas esas maneras distintas de pensar y de sentir, haciendo de la libertad y del amor a la **Patria** los lazos más fuertes de la **unión nacional**”.<sup>194</sup>

Tanto la interpretación que hace Pani de la historia mexicana como algunas de las ofrecidas por otros funcionarios o dependencias gubernamentales durante los festejos de 1921 son muestra de que para entonces se desarrollaba ya una nueva manera de recuperar el pasado. En su gran mayoría responden a una nueva idea de nación, a un nuevo nacionalismo, de orientación internalista, cuya justificación histórica se encuentra en la recuperación de su vertiente indigenista, a la que mucho contribuyeron los nuevos enfoques --el cultural, el antropológico y el arqueológico-- que se comenzaron a utilizar para recuperar el pasado. De esta manera, se va dando un rechazo cada vez mayor al periodo colonial que conlleva la exaltación no sólo del pasado prehispánico sino de todo lo indígena. No obstante, en términos

generales, no representan un quiebre total con la interpretación que ofreciera el régimen de Díaz, aunque sí marcan, con toda claridad, importantes diferencias en determinados puntos. Así, en la recuperación que se hace de los grandes hitos de la historia del México independiente, esquema que sigue incluyendo casi siempre a la independencia y a la Reforma, se anatematiza, por supuesto, al régimen porfirista. De hecho, el lugar que éste tenía en la visión histórica que el propio régimen presentó en 1910 como el tercero de los grandes hitos de la vida del país es sustituido en 1921 por la Revolución. Rasgos todos ellos que, si bien en ese entonces aparecieron un tanto incipientes, serían desarrollados por las visiones de la historia que fueron estructurando y elaborando los siguientes regímenes posrevolucionarios hasta lograr construir una visión que, amén de hegemónica, como lo fuera la porfirista, resultó mucho más perdurable.

*Santa Fe, 1º de agosto de 2007*

- 
- <sup>1</sup>. Debo dejar constancia de mi agradecimiento a Vicente Méndez, Diana González Arias y Adriana Rivas de la Chica, quienes como becarios del proyecto “1810-2010: la configuración intelectual del México moderno y contemporáneo” se ocuparon de recuperar parte de la información tanto bibliográfica como periodística utilizada en este trabajo.
  - <sup>2</sup>. Álvaro Matute Aguirre, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, UNAM - Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 28-30. Matute hace referencia tanto a la presencia en México del destacado historiador español Rafael Altamira y Crevea, de la Universidad de Oviedo, quien a principios de 1910 dictó numerosas conferencias y dio cuenta de los nuevos rumbos metodológicos del análisis histórico, como al impulso que se dio a la enseñanza de la historia en los niveles superiores.
  - <sup>3</sup>. Como ejemplo de las primeras, se cuenta la obra de Laureana Wright de Kleinhans, *Biografías de mujeres notables mexicanas de la época prehispánica, la colonia y el siglo XIX*, México, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, Tipografía Económica, 1910. Respecto de las segundas, véanse: Pedro González, *El desarrollo de las ideas científicas y su influencia social y política durante una centuria de vida independiente*, México, Tip. de la Vda. de F. Díaz de León, Sucs., 1911; Ramón Mena, *La ciencia arqueológica en México desde la proclamación de la independencia hasta nuestros días*, México, Vda. de F. Díaz de León,

- 
- 1911; Francisco Barrera Lavalle, *Apuntes para la historia de la estadística en México, 1821 a 1910*, México, Vda. de F. Díaz de León, Sucs., 1911; Antonio Iriarte y Rico, *Evolución de la farmacia en México durante el primer siglo de nuestra independencia*, México, Vda. de F. Díaz de León Sucs., 1911; Isidro Rojas, *Progreso de la geografía en México en el primer siglo de su independencia*, México, Vda. de F. Díaz de León, 1911; Secretaría de Gobernación, *La salubridad e higiene pública de los Estados Unidos Mexicanos. Brevísima reseña de los progresos alcanzados desde 1810 hasta 1910*, México, Casa Metodista de Publicaciones, 1910, y Adolfo P. Castañares, *Evolución de la química en México durante el primer siglo de nuestra independencia*, México, Vda. de F. Díaz de León, 1911.
4. Sobre las publicadas por la Comisión Nacional del Centenario de la Independencia véanse: *Memoria de los trabajos emprendidos y llevados a cabo por la Comisión N. del Centenario de la Independencia, designada por el presidente de la República el 1º de abril de 1907*, México, Imprenta del Gobierno Federal, 1910; *El himno del centenario*, México, Imprenta del Gobierno Federal, 1910; *Programa del desfile histórico, 1810-1910*, México, E. Murguía, 1910, y *México y las colonias extranjeras en el centenario de la independencia, 1810-1910*, México, Boulligny & Schmidt, 1910, reeditada en 1916.
5. Miguel V. Ávalos, *Inauguración del monumento a Juárez erigido en la Alameda de la ciudad de México, 18 de septiembre de 1910*, México, Imprenta del Gobierno Federal, 1910; *Inauguración del monumento a la Independencia erigido en la ciudad de México (cuarta glorieta de paseo de la Reforma): 16 de septiembre de 1910*, México, Imprenta del Gobierno Federal, 1910; Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, *Fiestas del primer centenario de la independencia organizadas por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Septiembre de 1910*, México, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, Tip. Müller, Hnos., 1910; Secretaría de Gobernación, *Centenario de la proclamación de la independencia. Gran ceremonia de apoteosis de los caudillos y soldados de la independencia celebrada el 6 de octubre de 1910 en el salón formado en el patio mayor del Palacio Nacional*, México, Secretaría de Gobernación, 1910, y Secretaría de Relaciones Exteriores, *Primer Centenario de la Independencia de México*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1910.
6. Concurso Científico y Artístico del Centenario, *Programa de las sesiones que celebrarán en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria un grupo de asociaciones e institutos científicos y artísticos de la República Mexicana*, México, Vda. de F. Díaz de León, Sucs., 1910; *Trabajos presentados al concurso histórico del Centenario de la Iniciación de la Independencia convocado en 1910 por el Museo*, México, Andrés Mateos, 1911; Enrique C. Creel, *Discurso de clausura del Concurso Científico y Artístico del Centenario*, México, Tip. de la Vda. de F. Díaz de León, Sucs. 1911, y Agustín Rivera y Sanromán, *Discurso pronunciado por Agustín Rivera en el Palacio Nacional de la capital de México, en el apoteosis de los héroes de la independencia de México ante los despojos mortales de ellos el día 30 de septiembre de 1910 en una de las fiestas del centenario*, México, M. León Sánchez, 1910.
7. Su elaboración, encomendada a don Genaro en agosto del mismo 1910, obedeció a que el “Supremo Gobierno” deseaba transmitir a la posteridad las celebraciones llevadas a cabo y el sentido que tuvieron de conmemorar el primer siglo de vida autónoma y de honrar a los héroes que la habían alcanzado. La obra debía contener tres partes: un estudio sobre el progreso de México de 1810 a 1910; la descripción de las fiestas celebradas en la capital, con un capítulo sobre los libros que se publicaran para conmemorar el Centenario, y la

enumeración de las fiestas celebradas en los estados. García encargó las reseñas de las fiestas capitalinas a un muy bien escogido grupo de trabajo, integrado por Nemesio García Naranjo, Alfonso Teja Zabre, Rubén Valenti, Manuel H. San Juan e Ignacio B. del Castillo, y la unificación de los textos corrió a su cargo, que fueron los únicos publicados, ya que a finales de ese año el encargado del despacho de Gobernación, Miguel S. Macedo, solicitó abreviaran la obra por no tener presupuesto específico para el siguiente año fiscal. Resulta, pues, sorprendente que una obra de esta índole, publicada además por una entidad oficial, haya visto la luz en 1911. (Genaro García (director), *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México, publicada bajo la dirección de Genaro García por acuerdo de la Secretaría de Gobernación*, México, Talleres del Museo Nacional, 1911).

8. Gustavo Casasola, *Historia gráfica de la Revolución Mexicana 1900-1970*, 2ª edición conmemorativa, 10 vols., México, Editorial Trillas, 1973, t. I, p. 69.
9. Miguel Galindo y Galindo, *La gran década nacional, o relación histórica de la guerra de Reforma, intervención extranjera y gobierno del archiduque Maximiliano, 1857-1867*, 3 vols., México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1904-1906; Ricardo García Granados, *La Constitución de 1857 y las leyes de Reforma en México. Estudio histórico-sociológico*, México, Tipografía La Económica, 1906; Andrés Molina Enríquez, *La Reforma y Juárez. Estudio histórico-sociológico*, México, Tip. de la Vda. de Francisco Díaz de León, 1906, y Porfirio Parra, *Estudio histórico-sociológico sobre La Reforma en México*, Guadalajara, Imp. de la "Gaceta de Guadalajara", 1906.
10. Justo Sierra, *Juárez, su obra y su tiempo*, México, J. Ballescá y Cía. Sucs., 1905-1906; Rafael de Zayas Enríquez, *Benito Juárez. Su vida, su obra*, México, Tipografía de la Vda. de Francisco Díaz de León, 1906, y Francisco Figueroa, *Biografía del Benemérito Benito Juárez*, México, Tipografía "La Económica", 1906.
11. Genaro García, *Discurso pronunciado en honor a Juárez, frente al panteón de San Fernando el 18 de julio de 1906*, México, Tipografía y Lit. "La Europea" de J. Aguilar Vera y Cía. Sucs., 1906, y Justo Sierra, *Discurso del Sr. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, en la velada del Abreu en honor de Benito Juárez*, México, Tip. de la Vda. de F. Díaz de León, 1906.
12. Conformada por Guillermo de Landa y Escandón, Francisco D. Barroso, Serapión Fernández, Romualdo Pasquel, Fernando Pimentel y Fagoaga, Rafael Rebollar, Carlos Rivas, Porfirio Parra y José Casarín, fue presidida por el primero y fungió como su secretario el último. Al fallecer Barroso, Rivas y Fernández, Díaz los sustituyó por Pedro Rincón Gallardo, Ignacio Burgoa y Agustín M. Lazo, y como Rincón Gallardo también falleciera, lo sustituyó Porfirio Díaz hijo. La Comisión se dedicó de lleno a sus tareas, y para 1910 se habían instalado y empezado a trabajar casi todas las comisiones centrales --esto es, estatales--, las de distrito y las municipales, que llegaron a un total de 1947, en las que trabajaron 19,470 personas, según registró la propia Comisión. (Comisión Nacional, *Memoria*, pp. 2, 11-12 y 100).
13. Comisión Nacional, *Memoria*, p. 1.
14. Así lo señaló al informar haber autorizado al Comité Central chiapaneco a levantar un monumento conmemorativo de la independencia, movido por la necesidad de hacer desaparecer en Chiapas la apariencia de las costumbres y de la nacionalidad guatemaltecas, que lastimaba "la idea de nacionalidad", y así lograr su homogeneización con el resto del país. (Comisión Nacional, *Memoria*, pp. 25-26).
15. Comisión Nacional, *Memoria*, pp. 4-5.

- 
- <sup>16</sup>. Comisión Nacional, *Memoria*, pp. 17-18.
- <sup>17</sup>. Comisión Nacional del Centenario de la Independencia, Excitativa dirigida al pueblo mexicano el 20 de junio de 1907, en Comisión Nacional, *Memoria*, pp. 7-8.
- <sup>18</sup>. Ayuntamiento Constitucional de la Ciudad de México, Saludo enviado a los ayuntamientos de las repúblicas latinoamericanas el 16 de septiembre de 1910, en G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 49-50 del Apéndice.
- <sup>19</sup>. Rosendo Pineda, discurso pronunciado en la Cámara de Diputados en la sesión en honor de los parlamentarios visitantes el 23 de septiembre de 1910, en G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 100-101 del Apéndice.
- <sup>20</sup>. Porfirio Díaz, discurso pronunciado al recibir las credenciales del embajador de los Estados Unidos el 5 de septiembre de 1910, en G. García (director), *Crónica oficial*, p. 3, y Porfirio Díaz, discurso pronunciado en la ceremonia de colocación de la primera piedra al monumento a Jorge Washington, 11 de septiembre de 1910, en G. García (director), *op. cit.*, pp. 15 y 16 del Apéndice.
- <sup>21</sup>. Cabe señalar que la ceremonia que, como cada año y fuera del programa oficial, se celebró en honor de Cuauhtémoc frente a su estatua el 28 de agosto de 1910 careció del brillo apropiado. (“Notas de la Semana”, en *El Tiempo Ilustrado*, domingo 28 de agosto de 1910, p. 546).
- <sup>22</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 268-269.
- <sup>23</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 229-231.
- <sup>24</sup>. Antonio Peñafiel, *Destrucción del Templo Mayor de México antiguo y los monumentos encontrados en la ciudad en las excavaciones de 1897-1902*, fotos por Porfirio Peñafiel, México, Secretaría de Fomento, 1910, y Manuel Martínez Gracida, *Civilización Chontal. Historia antigua de la Chontalpa Oaxaqueña*, México, Imprenta del Gobierno Federal, 1910.
- <sup>25</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, p. 119.
- <sup>26</sup>. El emperador mexica llevaba un gran séquito compuesto de guerreros, del Gran Capitán, de sacerdotes, de varios señores, de nobles, de caballeros del sol, de caballeros tigres, de indias principales, de ministros y de servidores, mientras que el conquistador, amén de su comitiva de españoles, iba acompañado de doña Marina y de numerosos guerreros tlaxcaltecas y de los jefes de la República de Tlaxcala. (Comisión Nacional, *Memoria*, p. 47.)
- <sup>27</sup>. Porfirio Díaz, discurso pronunciado al recibir las cartas credenciales del embajador especial de España el 7 de septiembre de 1910, en G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 8-9 del Apéndice. Sobre el embajador especial de España se publicó por entonces una obra biográfica: N. J. F., *Vida y hechos del Excmo. Sr. Don Camilo G. Polavieja, Marqués de Polavieja*, México, Linotipográfica de Braulio Acosta, 1910.
- <sup>28</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 95-96, y “El nombre de Isabel la Católica es el de una gran arteria metropolitana”, en *La Semana Ilustrada*, año 1, n. 45, 9 de septiembre de 1910, s.p.
- <sup>29</sup>. Fernando Pimentel y Fagoaga, discurso en la ceremonia en que se puso a varias calles el nombre de Isabel la Católica el 31 de agosto de 1910, en G. García (director), *Crónica oficial*, p. 45 del Apéndice.
- <sup>30</sup>. Enrique C. Creel, Discurso pronunciado en la colocación de la primera piedra del monumento a Isabel la Católica el 9 de septiembre de 1910, en G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 46-47 del Apéndice. No sólo la colonia española se interesó en levantar un monumento a Isabel la Católica. En julio de 1910 apareció en *Arte y Letras* un artículo firmado por Tristán

- 
- de Lyria en que proponía que en el paseo de la Reforma se erigiera su estatua. (Tristán de Lyria, “Donde se erigirá la estatua de Isabel la Católica en México”, en *Arte y Letras*, año VI, n. 173, 17 de julio de 1910, p. 7).
- <sup>31</sup>. Comisión Nacional, *Memoria*, p. 119.
- <sup>32</sup>. Fueron representados desde timbaleros, clarines y ujieres hasta el virrey y el alférez real, pasando por regidores y alcaldes, jefes militares, oidores e “indios principales de las parcialidades de Santiago y Tlatelolco [sic].” (Comisión Nacional del Centenario de la Independencia, *Programa del desfile histórico*, pp. 11-12.)
- <sup>33</sup>. Miguel S. Macedo, Discurso pronunciado en el acto de la inauguración de la Columna de la Independencia el 16 de septiembre de 1910, en G. García (director), *Crónica oficial*, p. 77 del Apéndice.
- <sup>34</sup>. Ayuntamiento Constitucional de la Ciudad de México, Saludo enviado a los ayuntamientos de las repúblicas latinoamericanas, en G. García (director), *Crónica oficial*, p 49-50 del Apéndice.
- <sup>35</sup>. R. Pineda, discurso pronunciado en la Cámara de Diputados, en G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 100-101 del Apéndice.
- <sup>36</sup>. Porfirio Díaz, discurso pronunciado en la ceremonia de entrega del uniforme y otros objetos de José María Morelos el 17 de septiembre de 1910, en G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 23-24 del Apéndice; “Una notable iniciativa de la Colonia Española”, en *Arte y Letras*, año VI, n. 167, 5 de junio de 1910, p. 14, y “La entrega del uniforme de Morelos”, en *Arte y Letras*, año VI, n. 183, 25 de septiembre de 1910, s.p.
- <sup>37</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, p. 100.
- <sup>38</sup>. Agustín Agüeros de la Portilla, *El periodismo mexicano durante la dominación española*, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1910.
- <sup>39</sup>. Annick Lempèriere, “Los dos centenarios de la independencia mexicana (1910-1921). De la historia patria a la antropología cultural”, en *Historia Mexicana*, v. 178, n. 2, octubre - diciembre 1995, p. 325.
- <sup>40</sup>. Manuel Puga y Acal, *Verdad y Talamantes, primeros mártires de la independencia disquisición histórica y proposiciones que ... somete al ilustrado y patriótico criterio de la H. Comisión Nacional del Centenario de la Independencia*, México, Tip. de El Progreso Latino, 1908.
- <sup>41</sup>. Comisión Nacional, *Memoria*, pp. 12-13.
- <sup>42</sup>. Comisión Nacional, *Memoria*, pp. 13-14.
- <sup>43</sup>. Luis González Obregón y Pablo Baz, *Fray Melchor Talamantes; biografía y escritos póstumos*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, Tip. de la Vda. de F. Díaz de León Sucs., 1909.
- <sup>44</sup>. A. Lempèriere, *op. cit.*, pp. 325-326.
- <sup>45</sup>. Genaro García (director), *Documentos históricos mexicanos, obra conmemorativa del primer centenario de la independencia de México*, 7 vols., México, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1910-1912; Elías Amador, *Noticias biográficas de insurgentes apodados*, México, Imp. del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1910, y Justo Sierra (director), Luis Gonzaga Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel (compiladores), *Antología del Centenario. Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de independencia, primera parte 1800-1821*, 2 vols., México, Imprenta de Manuel León



- 
- Sánchez, 1910. Sobre esta última, véase el trabajo de Fernando Curiel, "Letrados centenarios 1910-1921", en este mismo volumen.
- <sup>46</sup>. Julieta Ávila y María Hernández Ramírez, "Un acercamiento a la vida y obra de Luis Castillo Ledón". (Manuscrito).
- <sup>47</sup>. "En memoria de Hidalgo", en *La Semana Ilustrada*, t. I, n. 40, 5 de agosto de 1910, s.p.; "Manifestación a Hidalgo", en *El País*, 24 de junio de 1910, año XII, n. 3452, p. 6, y "Procesión cívica y velada en honor de Hidalgo. El señor Presidente preside el acto de la Academia", en *El País*, año XII, n. 3461, 31 de Julio de 1910, primera plana.
- <sup>48</sup>. "Procesión cívica y velada en honor de Hidalgo. El señor Presidente preside el acto de la Academia", en *El País*, año XII, n. 3461, 31 de julio de 1910, primera plana. La nota periodística también da cuenta de que la concurrencia a dicho acto fue escasa.
- <sup>49</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 182-186, y G. Casasola, *op. cit.*, t. I, p. 178.
- <sup>50</sup>. "Habrá fiesta de la Bandera por los niños de las escuelas. La biografía sintética de Hidalgo", en *El País*, año XII, n. 3468, 7 de agosto de 1910, p. 8.
- <sup>51</sup>. José María de la Fuente, *Hidalgo íntimo. Apuntes y documentos para una biografía del benemérito cura de Dolores D. Miguel Hidalgo y Costilla*, México, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, Tipografía Económica, 1910, y *Apuntes y documentos sobre las familias Hidalgo y Costilla, Gallaga Mandarte y Villaseñor*, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1910.
- <sup>52</sup>. "Bustos de Hidalgo para las Escuelas Públicas", en *El País*, año XII, n. 3454, 26 de julio de 1910, p. 2.
- <sup>53</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, p. 129; "Nuestras fiestas del Centenario. El día del Comercio", en *Arte y Letras*, año VI, n. 181, 11 de septiembre de 1910, s/p, y "Doce carros alegóricos en la procesión del comercio. Hay ya reunidos veintiocho mil pesos para ese desfile que será el 4 de Septiembre" en *El País*, año XII, N. 3474, 13 de Agosto de 1910, primera plana.
- <sup>54</sup>. Guillermo Eduardo Symonds, "FIDENCIO NAVA", en *Revista de Revistas*, domingo 16 de octubre de 1910. p. 5.
- <sup>55</sup>. G. E. Symonds, *op. cit.*, p. 5.
- <sup>56</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, p. 133.
- <sup>57</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 70-76, y "España ofrece a México fraternalmente el uniforme de Morelos", en *La Semana Ilustrada*, año I, n. 47, 23 de septiembre de 1910, s.p.
- <sup>58</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 70-76, y P. Díaz, discurso pronunciado en la ceremonia de entrega del uniforme y otros objetos de Morelos, en G. García (director), *op. cit.*, pp. 23-24 del Apéndice. Por su parte, el semanario *Arte y Letras* señaló que fue el viva lanzado a España por Enrique C. Creel el que dio lugar a los vivas del enviado especial. ("La entrega del uniforme de Morelos", en *Arte y Letras*, año VI, n. 183, 25 de septiembre de 1910, s.p.)
- <sup>59</sup>. Comisión Nacional, *Memoria*, pp. 27-31, y "Monumento a Morelos en San Cristóbal Ecatepec", en *Arte y Letras*, año VI, n. 172, 10 de julio de 1910, p. 18.
- <sup>60</sup>. Comisión Nacional, *Memoria*, p. 53.
- <sup>61</sup>. Isidro Fabela, Discurso pronunciado en el acto de descubrimiento de la lápida conmemorativa de la prisión de José María Morelos el 21 de septiembre de 1910, en G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 62-65 del Apéndice, y Comisión Nacional, *Memoria*, pp. 53-57.
- <sup>62</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 120-121.
- <sup>63</sup>. Comisión Nacional, *Memoria*, p. 64.

- 
- <sup>64</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 194-195.
- <sup>65</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, p. 120; “Inauguración de la escuela ‘Corregidora de Querétaro’, en *La Semana Ilustrada*, año 1, n. 45, 16 de septiembre de 1910. s.p., y “1910 año de la Revolución”, en *Excelsior*, 7 de septiembre de 1960), p. 7-A.
- <sup>66</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 125-127.
- <sup>67</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, p. 193.
- <sup>68</sup>. Genaro García, *Leona Vicario, heroína insurgente*, México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1910, cuya segunda edición apareció ese mismo año publicada por la Librería de la viuda de Ch. Bouret, y Manuel Miranda y Marrón, *Vida y escritos del héroe insurgente Licenciado Don Andrés Quintana Roo*, México, Imprenta y Linotipia de la Secretaría de Fomento, 1910.
- <sup>69</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, p. 127.
- <sup>70</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, p. 120.
- <sup>71</sup>. En la serie de ocho tarjetas conmemorativas del Centenario que sacara Editores Buznago y Cía., se reproducían las siguientes escenas: el Grito de Dolores, por Adrián Unzueta; el Pípila, por Antonio Cortés; Misa en el Monte de las Cruces, por Félix Parra; la prisión de Allende, por Adrián Unzueta; Morelos rompiendo el sitio de Cuautla, por Daniel del Valle; el perdón de Bravo, por Daniel del Valle; Guerrero rechazando el indulto, por Félix Parra, y la entrada de Iturbide en la capital, por Antonio Cortés. (“Postales conmemorativas de la Independencia”, en *El Tiempo Ilustrado*, domingo 24 de julio y domingo 31 de julio de 1910, p 478 y 495.)
- <sup>72</sup>. Comisión Nacional, *Memoria*, p. 63.
- <sup>73</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 134-137, y Comisión Nacional, *Memoria*, pp. 42-44.
- <sup>74</sup>. Comisión Nacional, *Programa del desfile histórico*, pp. 14-15.
- <sup>75</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, p. 141, y G. Casasola, *op. cit.*, t. I, p. 186.
- <sup>76</sup>. A. Lempèriere, *op. cit.*, p. 332.
- <sup>77</sup>. Comisión Nacional, *Memoria*, pp. 42-45.
- <sup>78</sup>. Comisión Nacional, *Programa del desfile histórico*, México, E. Murguía, 1910.
- <sup>79</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 148-160.
- <sup>80</sup>. Comisión Nacional, *Memoria*, p. 39.
- <sup>81</sup>. Así, en una de las caras del pedestal de la Paz, quedaron los nombres de Melchor de Talamantes, Francisco Primo Verdad y Ramos y el Marqués de San Juan Rayas, considerados por García como precursores, y en la otra los de Pedro Asencio, José Joaquín de Herrera y Miguel Barragán, a quienes calificó como consumidores. En el pedestal de la Ley, de un lado se grabaron los de José Mariano de Michelena, Epigmenio González y Antonio Ferrer, conspiradores según don Genaro, y del otro los de Josefa Ortiz, Leona Vicario y Mariana Rodríguez, a quienes califica de heroínas. Los de los clasificados como caudillos por García, Mariano Jiménez, Leonardo Bravo y Pedro Moreno, aparecen en una cara del pedestal de la Guerra, y en la otra los de los que considera guerrilleros: José Antonio Torres (El Amo), Víctor Rosales y Encarnación Ortiz. Finalmente, en un lado del pedestal de la Justicia se encuentran los de los clasificados por don Genaro como congresistas: José María Cos, José María Liceaga y Andrés Quintana Roo, y en la otra los de quienes considera escritores: Servando Teresa de Mier, Joaquín Fernández de Lizardi y Carlos María de Bustamante. (“24 nombres de héroes y heroínas en la columna de la Independencia”, en *El País*, año XII, n. 3460, 30 de julio de 1910, primera plana).
- <sup>82</sup>. A. Lempèriere, *op. cit.*, pp. 326-327.

- 
- <sup>83</sup>. “Detalles de un suntuoso monumento histórico”, y “La Columna de la Independencia”, en *La Semana Ilustrada*, año 1, n. 42, 19 de agosto de 1910, s.p.
- <sup>84</sup>. “24 nombres de héroes y heroínas en la columna de la Independencia”, en *El País*, año XII, n. 3460, 30 de julio de 1910, primera plana.
- <sup>85</sup>. M. S. Macedo, discurso pronunciado en la inauguración de la Columna de la Independencia, en G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 76-78 del Apéndice.
- <sup>86</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 168-169. véase también *Inauguración del monumento a la Independencia erigido en la ciudad de México (cuarta glorieta de paseo de la Reforma): 16 de septiembre de 1910*, México, Imprenta del Gobierno Federal, 1910.
- <sup>87</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 141-142.
- <sup>88</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 142-143.
- <sup>89</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 163-164.
- <sup>90</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, p. 176.
- <sup>91</sup>. Enrique C. Creel, discurso pronunciado en la apoteosis de los héroes de la independencia el 6 de octubre de 1910, en G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 82-84 del Apéndice, y Secretaría de Gobernación, *Centenario de la proclamación de la independencia. Gran ceremonia de apoteosis de los caudillos y soldados de la independencia*, pp. 5-15.
- <sup>92</sup>. En su discurso, Rivera expresó: “Ilustres europeos y norte-americanos: nosotros somos inferiores con mucho a vosotros en civilización; sin embargo, somos hijos de buenos padres y tenemos orgullo en ser mexicanos.” (Agustín Rivera y San Román, discurso pronunciado en la apoteosis de los héroes de la independencia el 6 de octubre de 1910, G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 86-88 del Apéndice, y Secretaría de Gobernación, *Centenario de la proclamación de la independencia. Gran ceremonia de apoteosis de los caudillos y soldados de la independencia*, pp. 29-32).
- <sup>93</sup>. Justo Sierra, poesía leída en la apoteosis de los héroes de la independencia el 6 de octubre de 1910, en G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 88-89 del Apéndice.
- <sup>94</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 176-180.
- <sup>95</sup>. A. Lempèriere, *op. cit.*, p. 327.
- <sup>96</sup>. “Notas de la semana”, en *El Tiempo Ilustrado*, domingo 2 de octubre de 1910, p. 658.
- <sup>97</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, p. 193.
- <sup>98</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 166-167, y José R. Aspe, discurso pronunciado en honor de los Niños Héroes el 8 de septiembre de 1910, en G. García (director), *op. cit.*, pp. 69-71 del Apéndice.
- <sup>99</sup>. El primero donado por el licenciado Olegario Molina y el segundo por Arturo Braniff y su esposa. (G. García (director), *Crónica oficial*, p. 120).
- <sup>100</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, p. 77 del Apéndice.
- <sup>101</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, p. 84 del Apéndice.
- <sup>102</sup>. Carlos Robles, discurso pronunciado en la inauguración del monumento a Benito Juárez el 18 de septiembre de 1910, en G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 80-81 del Apéndice. Ver también Miguel V. Ávalos, *Inauguración del monumento a Juárez erigido en la Alameda de la ciudad de México, 18 de septiembre de 1910*, México, Imprenta del Gobierno Federal, 1910.
- <sup>103</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 172-186.
- <sup>104</sup>. A. Lempèriere, *op. cit.*, p. 325.
- <sup>105</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, p. 194.

- 
- <sup>106</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, p. 86, y Porfirio Díaz, discurso en la entrega de las llaves de la ciudad el 18 de septiembre de 1910, en G. García (director), *op. cit.*, p. 24 del Apéndice.
- <sup>107</sup>. Porfirio Díaz, Brindis pronunciado en el banquete que ofreció a una parte del Cuerpo Diplomático Especial el 11 de septiembre de 1910, en G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 54-55 del Apéndice.
- <sup>108</sup>. G. García (director), *Crónica oficial*, p. 120.
- <sup>109</sup>. A. Lempèriere, *op. cit.*, p. 330.
- <sup>110</sup>. Justo Sierra, "Historia política", en Justo Sierra, (director), *México, su evolución social. Síntesis de la historia política, de la organización administrativa y militar y del estado económico de la Federación Mexicana; de sus adelantamientos en el orden intelectual; de su estructura territorial y del desarrollo de su población, y de los medios de comunicación nacionales e internacionales; de sus conquistas en el campo industrial, agrícola, minero, mercantil, etc., etc. Inventario monumental que resume en trabajos magistrales los grandes progresos de la Nación en el Siglo XIX*, 3 vols., México-Barcelona, J. Ballezá y Cía., Sucesores, 1900-1901, t. I, pp. 33-114, y "La era actual", en *ibidem*, t. II, pp. 415-434.
- <sup>111</sup>. M. S. Macedo, discurso pronunciado en la inauguración de la Columna de la Independencia, en G. García (director), *Crónica oficial*, p. 77 del Apéndice.
- <sup>112</sup>. C. Robles, *op. cit.*, en G. García (director), *Crónica oficial*, p. 81 del Apéndice.
- <sup>113</sup>. E. C. Creel, discurso pronunciado en la apoteosis de los héroes de la independencia, en G. García (director), *Crónica oficial*, p. 84 del Apéndice.
- <sup>114</sup>. E. C. Creel, discurso pronunciado en la apoteosis de los héroes de la independencia, en G. García (director), *Crónica oficial*, pp. 83-84 del Apéndice.
- <sup>115</sup>. Manuel Muro Rocha (editor), *Celebración del primer centenario de la consumación de la independencia. Discursos oficiales*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1922, y Contraloría General de la Nación, *Contraloría General de la Nación: Folleto conmemorativo del centenario de la consumación de la independencia*, México, El Sobre Azul, 1921.
- <sup>116</sup>. Comité Ejecutivo de las Fiestas del Centenario de la Consumación de la Independencia de México, *Programa oficial de las fiestas del centenario de la consumación de la independencia de México*, México, La Helvetia, 1921, y *Noche mexicana en los lagos del bosque de Chapultepec. México, septiembre 26 de 1921*, México, Talleres de Federico E. E. Graue, 1921.
- <sup>117</sup>. "Crónica Oficial de los Festejos Conmemorativos del Centenario de la Consumación de la Independencia de México", en Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, L-E-985. Agradezco a Edwin Alcántara y Octavio Olvera el haberme proporcionado copia de ella.
- <sup>118</sup>. Clementina Díaz y de Ovando, "Las fiestas del 'Año del Centenario': 1921", en *México: Independencia y Soberanía*, México, Archivo General de la Nación, 1996, pp. 103-187.
- <sup>119</sup>. Elaine C. Lacy, "The 1921 Centennial Celebration of Mexico's Independence; State Building and Popular Negotiation", en William H. Beezley y David E. Lorey (editores), *¡Viva Mexico! ¡Viva la independencia! Celebrations of September 16*, Wilmington, Delaware, Scholarly Resources Inc., 2001, pp. 201-202.
- <sup>120</sup>. La Comisión quedó integrada por tres miembros del gabinete: el general Plutarco Elías Calles, secretario de Gobernación; el ingeniero Alberto J. Pani, de Relaciones Exteriores, y Adolfo de la Huerta, de Hacienda y Crédito Público. El Comité estuvo formado por

- 
- Emiliano López Figueroa como presidente; el diputado Juan de Dios Bojórquez como vicepresidente, quien al ser nombrado ministro de México en Honduras fue sustituido por el ingeniero Apolonio Guzmán; el asimismo diputado Carlos Argüelles como tesorero, y Martín Luis Guzmán como secretario. A ellos se unieron el periodista Luis G. Malvárez y el licenciado Manuel J. Sierra, hijo de don Justo, encargados de la publicidad y de la propaganda del Comité (C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, pp. 111-112 y 114).
- <sup>121</sup>. C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 104.
- <sup>122</sup>. “Centenario de la Consumación de Nuestra Independencia”, en *Excélsior*, viernes 2 de septiembre de 1921, p. 4.
- <sup>123</sup>. C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 113.
- <sup>124</sup>. “El pueblo tendrá acceso a todas las fiestas del Centenario”, en *El Universal*, 2 de junio de 1921, p. 1.
- <sup>125</sup>. C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, pp. 122-123.
- <sup>126</sup>. Álvaro Obregón, Respuesta al discurso del embajador de Uruguay en la ceremonia de entrega de cartas credenciales en Palacio Nacional, en *Excélsior*, martes 20 de septiembre de 1921, pp. 1 y 7, y Álvaro Obregón, Respuesta al discurso del embajador de Perú, doctor Alejandro M. Puente, en la ceremonia de entrega de cartas credenciales en Palacio Nacional, en *Excélsior*, sábado 10 de septiembre de 1921, segunda sección, p. 1.
- <sup>127</sup>. Álvaro Obregón, Respuesta al discurso del enviado de Bolivia, en *Excélsior*, martes 20 de septiembre de 1921, pp. 1 y 7.
- <sup>128</sup>. Álvaro Obregón, Respuesta al discurso del enviado de Nicaragua, doctor Ramón Solórzano, en la ceremonia de entrega de cartas credenciales en Palacio Nacional, y Álvaro Obregón, Respuesta al discurso del enviado de Honduras, doctor Manuel Ugarte, en la ceremonia de entrega de cartas credenciales en Palacio Nacional, en *Excélsior*, jueves 8 de septiembre de 1921, pp. 1 y 9.
- <sup>129</sup>. Álvaro Obregón, Respuesta al discurso del enviado de Costa Rica, doctor Ricardo Fernández Guarda, en la ceremonia de entrega de cartas credenciales en Palacio Nacional, en *Excélsior*, sábado 10 de septiembre de 1921 segunda sección, p. 1.
- <sup>130</sup>. “Crónica Oficial de los Festejos Conmemorativos del Centenario de la Consumación de la Independencia de México”, pp. 84-86.
- <sup>131</sup>. Comité Ejecutivo, *Programa oficial de las fiestas del centenario*, pp. 11 y 12.
- <sup>132</sup>. Fiesta ofrecida en San Juan Teotihuacán por el secretario de Agricultura y Fomento, general Antonio I. Villarreal, en *Excélsior*, jueves 15 de septiembre de 1921, pp. 1 y 4.
- <sup>133</sup>. Manuel Gamio, *Guía para visitar la Ciudad arqueológica de Teotihuacan*, México, Secretaría de Agricultura y Fomento, 1921.
- <sup>134</sup>. Hermann Beyer, *El llamado Calendario Azteca. Descripción e interpretación del Cuauhxicalli de la “Casa de las Águilas”*, México, Verbano Deutster, Edit., 1921; C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 135, y *Excélsior*, domingo 18 de septiembre de 1921, p. 7.
- <sup>135</sup>. Franz Boas, *Álbum de Colecciones Arqueológicas*, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1921; Enrique Juan Palacios Mendoza, *Quetzalcoatl y la irradiación de su cultura en el antiguo territorio mexicano. Revelaciones del magno Monumento de Teotihuacan*, México, Museo Nacional de Arqueología, 1921, y Ramón Mena y Nicolás Rangel, *Churubusco-Hutzilopochco*, México, Departamento Universitario, 1921.
- <sup>136</sup>. Fiesta organizada por el Colegio Mexicano en el teatro Esperanza Iris, en *Excélsior*, jueves 15 de septiembre de 1921, Segunda Sección, 1° plana.

- 
137. Álvaro Obregón, Respuesta al discurso del embajador de España en la ceremonia de entrega de cartas credenciales en Palacio Nacional, en *Excélsior*, martes 6 de septiembre de 1921, pp. 1 y 8.
138. C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 151, y Herminio Pérez Abreu, discurso en la inauguración del Parque España el 21 de septiembre de 1921, en *Excélsior*, jueves 22 de septiembre de 1921, pp. 1 y 2.
139. *Iconografía de gobernantes de la Nueva España tomada de la Colección que se conserva en el Salón de Cabildos del Palacio Municipal de la Ciudad de México*, México, Evsebio Gómez de la Pvente Edit., 1921. Se hicieron tres ejemplares especiales: para Alfonso XIII, para Álvaro Obregón, y para el presidente del Ayuntamiento. (“Inauguración del edificio del Archivo Municipal”, en *Excélsior*, sábado 10 de septiembre de 1921 segunda sección, pp. 1 y 3).
140. Inauguración de las conferencias culturales organizadas por el Ayuntamiento de la Ciudad de México, en *Excélsior*, miércoles 14 de septiembre de 1921, Segunda Sección, p. 3.
141. Las conferencias programadas fueron las siguientes: el día 13, “Las artes en la época de la Colonia”, por Manuel Romero de Terreros; el 19, “La arquitectura colonial”, por el arquitecto Luis R. Ruiz; el 22, “Las costumbres durante el Virreynato”, por el ingeniero Norberto Domínguez, y el 30, “Las letras y las ciencias durante la dominación española”, por el propio Gamoneda. (“Cuatro conferencias de gran interés”, en *Excélsior*, sábado 10 de septiembre de 1921, pp. 1 y 3, e “Inicio de las conferencias que organizó el Ayuntamiento de la ciudad de México”, en *Excélsior*, martes 13 de septiembre de 1921, Segunda Sección, primera plana.)
142. “La conferencia del marqués”, en *Excélsior*, miércoles 14 de septiembre de 1921, Segunda Sección, p. 3.
143. “Cuatro conferencias de gran interés”, pp. 1 y 3, y C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 171.
144. C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 114.
145. Álvaro Obregón, Respuesta al discurso del embajador de Brasil en la ceremonia de entrega de cartas credenciales en Palacio Nacional, en *Excélsior*, martes 6 de septiembre de 1921, pp. 1 y 8.
146. Servando Teresa de Mier (José Guerra), *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac, ó verdadero origen y causas de ella con la relación de sus procesos hasta el presente año de 1813*, 2 vols., México, Cámara de Diputados, 1922, y Agustín Rivera y San Román, *Principios críticos sobre el Virreinato de la Nueva España y sobre la Revolución de Independencia*, México, Secretaría de Educación Pública, 1922, t. I.
147. “Se rindió homenaje a los munícipes insurgentes. También fue inaugurado solemnemente el valioso Archivo Municipal”, en *Excélsior*, jueves 22 de septiembre de 1921, pp. 1 y 2; C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 150, y Comité Ejecutivo, *Programa oficial*, p. 18.
148. C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 133.
149. C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 122.
150. C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 156, y “Homenaje a los periodistas insurgentes”, en *Excélsior*, viernes 23 de septiembre de 1921, Segunda Sección, primera plana.
151. “Homenaje a los periodistas insurgentes”, en *Excélsior*, martes 20 de septiembre de 1921, pp. 1 y 7, y Comité Ejecutivo, *Programa oficial*, p. 10.
152. “Fiestas y conmemoraciones”, en Archivo de la Academia de San Carlos, carpeta 4, expediente 53.
153. C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 129.

- 
154. G. Casasola, *op. cit.*, t. 5, p. 1557.
155. A. Lempèriere, *op. cit.*, p. 346.
156. Antonio Ramos Pedrueza, *Rusia Soviet y México revolucionario. Vicente Guerrero precursor del Socialismo*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1922.
157. Antonio Ramos Pedrueza, *El Plan de Iguala. Sus orígenes e importancia*, México, Eusebio Gómez de la Puente, Edit., 1921.
158. “Historias y cuentos”, *Omega, Diario de acción política nacional*, viernes 19 de agosto de 1921, p. 2, y sábado 20 de agosto de 1921, pp. 1 y 4, y Benito Javier Pérez Verdía, “Jacobinismo a troche y moche”, editorial en *Excélsior*, domingo 25 de septiembre de 1921, p. 3.
159. C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 123.
160. C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, pp. 157 y 171-172, y B. J. Pérez Verdía, *op. cit.*, p. 3.
161. Fiesta organizada por el Colegio Militar en el teatro Iris, en *Excélsior*, lunes 5 de septiembre de 1921, pp. 1 y 8.
162. C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 133.
163. C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, pp. 156 y 171.
164. “Concurso. Monumento a la Independencia en Iguala”, en Archivo de la Academia de San Carlos, carpeta 3, expediente 25.
165. Jesús M. Garza, Discurso pronunciado en la ceremonia de entrega de banderas a los cuerpos de línea y homenaje a la bandera de Iguala realizada el 16 de septiembre de 1921, en *Excélsior*, sábado 17 de septiembre de 1921, pp. 1 y 4. Véase también Enrique Plasencia de la Parra, “Desfiles del 16 de septiembre durante la década de los veinte”, en *Históricas Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, n. 77, sep-dic 2006, p. 17.
166. C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 159, y E. Plasencia de la Parra, *op. cit.*, p. 17, quien registra que en 1922 tampoco hubo desfile el día 16, mientras que el 27 se organizó un festival militar en el Hipódromo de la Condesa.
167. C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 159.
168. Manuel Romero de Terreros, *La Corte de Agustín I Emperador de México*, México, Imprenta del Museo Nacional, 1921, y Rafael Heliodoro Valle, *Cómo era Iturbide*, México, Imp. del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1922.
169. C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 161.
170. “Manifestación en contra del Comité del Centenario, en *Excélsior*, lunes 3 de octubre de 1921, primera plana.
171. C. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 125.
172. Discurso del general Víctor Hernández Covarrubias en la ceremonia que la Asociación de Hijos del Colegio Militar de Chapultepec organizó en honor de los Niños Héroes, en *Excélsior*, miércoles 14 de septiembre de 1921, pp. 1 y 4.
173. Álvaro Obregón, Respuesta al discurso del enviado de Venezuela, ingeniero Eudoro Urdaneta, en la ceremonia de entrega de cartas credenciales en Palacio Nacional, en *Excélsior*, México, jueves 8 de septiembre de 1921, pp. 1 y 9.
174. Álvaro Obregón, Respuesta al discurso del embajador de Colombia, doctor Antonio Gómez, en la ceremonia de entrega de cartas credenciales en Palacio Nacional, en *Excélsior*, México, sábado 10 de septiembre de 1921 segunda sección, p. 1.
175. Álvaro Obregón, Respuesta al discurso del embajador de Panamá, Eusebio M. Morales, en la ceremonia de entrega de cartas credenciales en Palacio Nacional, en *Excélsior*, sábado 10 de septiembre de 1921 segunda sección, p. 1.

- 
- <sup>176</sup>. Álvaro Obregón, Respuesta al discurso del embajador de Brasil pronunciado en nombre de todas las misiones extranjeras que asistieron a las Fiestas del Centenario, en *Excélsior*, domingo 11 de septiembre de 1921, pp. 1 y 3.
- <sup>177</sup>. Los discursos de Zincúnegui y de Cravioto se encuentran recogidos en la “Crónica Oficial de los Festejos Conmemorativos del Centenario de la Consumación de la Independencia de México”, pp. 80-81 y 84-86, respectivamente.
- <sup>178</sup>. Jesús M. Garza, discurso pronunciado en la ceremonia de entrega de banderas y homenaje a la bandera de Iguala realizada el 16 de septiembre de 1921, en *Excélsior*, sábado 17 de septiembre de 1921, pp. 1 y 4.
- <sup>179</sup>. Enrique Estrada, Contestación al discurso de Álvaro Obregón en la comida que organizó al Ejército en el Bosque de Chapultepec como cierre de las festividades del Centenario, en *Excélsior*, lunes 3 de octubre de 1921, Segunda sección, 1° plana.
- <sup>180</sup>. Álvaro Obregón, Respuesta al discurso del embajador de Argentina en la ceremonia de entrega de cartas credenciales en Palacio Nacional, en *Excélsior*, miércoles 7 de septiembre de 1921, pp. 1 y 8, y Álvaro Obregón, Respuesta al discurso del enviado de El Salvador, doctor Juan Francisco Paredes, en la ceremonia de entrega de cartas credenciales en Palacio Nacional, en *Excélsior*, jueves 8 de septiembre de 1921, pp. 1 y 9.
- <sup>181</sup>. Álvaro Obregón, Respuesta al discurso del embajador de Chile en la ceremonia de entrega de cartas credenciales en Palacio Nacional, en *Excélsior*, miércoles 7 de septiembre de 1921, pp. 1 y 8, y Álvaro Obregón, Respuesta al discurso del enviado de Guatemala en la ceremonia de entrega de cartas credenciales en Palacio Nacional, en *Excélsior*, jueves 8 de septiembre de 1921, pp. 1 y 9.
- <sup>182</sup>. Álvaro Obregón, Discurso pronunciado en el banquete de despedida ofrecido a las misiones especiales extranjeras, en *Excélsior*, sábado 1° de octubre de 1921, pp. 1 y 6.
- <sup>183</sup>. L. Zincúnegui, discurso pronunciado en la Cámara de Diputados, “Crónica Oficial de los Festejos Conmemorativos del Centenario de la Consumación de la Independencia de México”, pp. 80-81.
- <sup>184</sup>. A. Cravioto, discurso pronunciado en la Cámara de Diputados, en “Crónica Oficial de los Festejos Conmemorativos del Centenario de la Consumación de la Independencia de México”, pp. 84-86.
- <sup>185</sup>. A. Lempèriere, *op. cit.*, pp. 320 y 346.
- <sup>186</sup>. Henry C. Schmidt, *The Roots of Mexican Self and Society in Mexican Thought, 1900-1934*, College Station and London, Texas A&M University Press, 1978.
- <sup>187</sup>. “Aspectos del Centenario”, en *Excélsior*, 21 de agosto de 1921, p. 3.
- <sup>188</sup>. A. Lempèriere, *op. cit.*, p. 347.
- <sup>189</sup>. Alberto J. Pani, “Una síntesis histórica”, brindis pronunciado por el Ing. Alberto J. Pani, Secretario de la Relaciones Exteriores, en el banquete ofrecido en Xochimilco por la Comisión Organizadora de las Fiestas del Centenario de la Consumación de la Independencia Nacional, a las Misiones Extranjeras especiales el día 22 de septiembre de 1921”, en M. M. Rocha (editor), *Celebración del primer centenario de la consumación de la independencia. Discursos oficiales*, pp. 159-160.
- <sup>190</sup>. A. J. Pani, *op. cit.*, pp. 159-160.
- <sup>191</sup>. A. J. Pani, *op. cit.*, pp. 160-161.
- <sup>192</sup>. A. J. Pani, *op. cit.*, pp. 164-165.
- <sup>193</sup>. A. J. Pani, *op. cit.*, pp. 162-163.
- <sup>194</sup>. A. J. Pani, *op. cit.*, pp. 163-164.